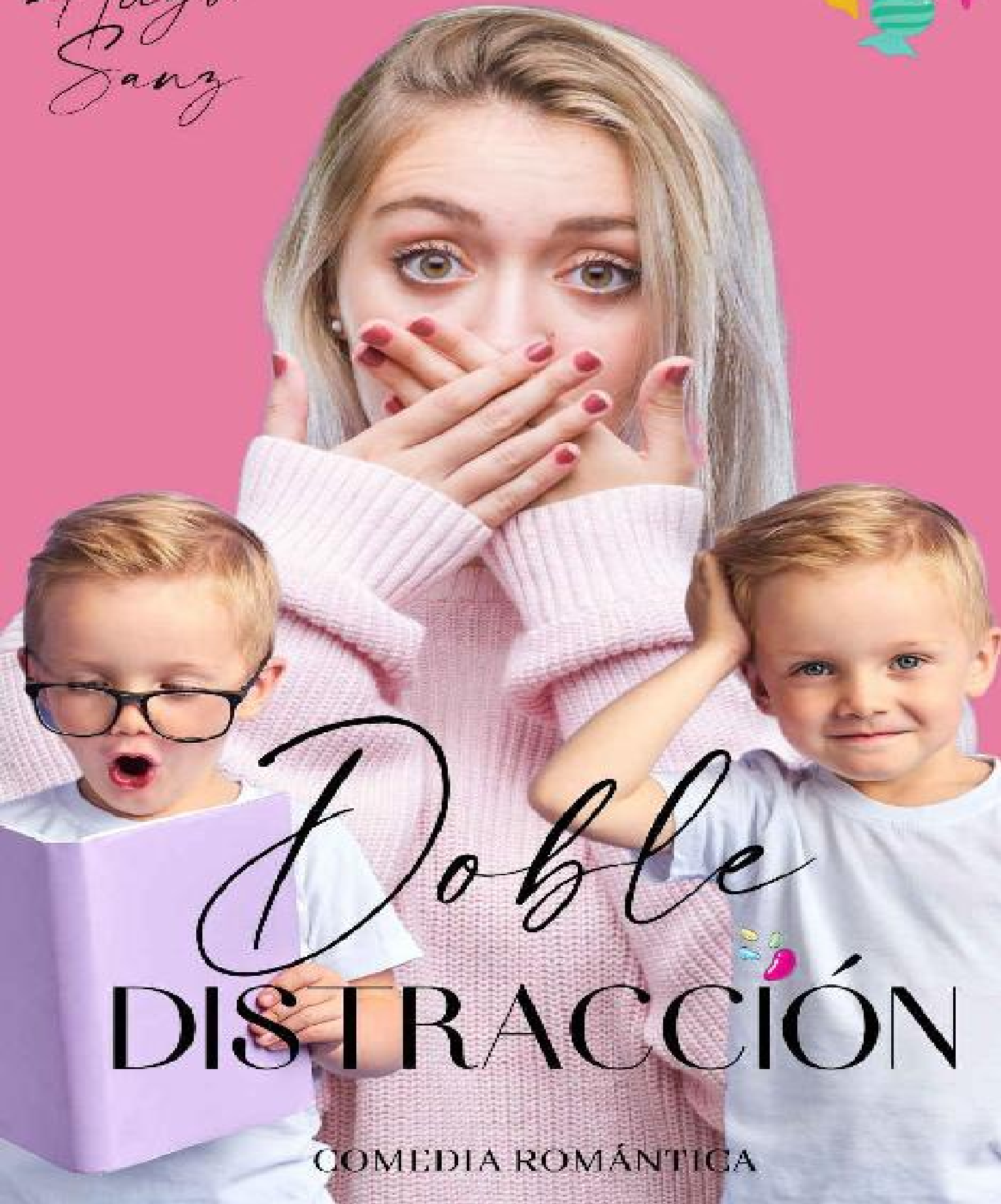


Hugo  
Ganz



*Doble*  
**DISTRACCIÓN**

COMEDIA ROMÁNTICA

# Doble DISTRACCIÓN

COMEDIA ROMÁNTICA

Hugo Sanz

Título: Doble distracción  
Autor: Hugo Sanz

Primera edición: Julio, 2020.

Imágenes: Adobe Stock

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)



## Capítulo 1

¿Qué era esa maldita chicharra que estaba sonando? Debía ser una pesadilla. No, peor, era el despertador... La pesadilla vendría una vez que abriera los ojos...

Miré a mi alrededor y cada uno de los rincones de nuestro dormitorio me seguía recordando a César. Del galán de noche aún pendía su camisa preferida como si fuese a salir del baño, con su sempiterna sonrisa, y a colocársela.

Seis meses habían pasado desde su fatídico fallecimiento, seis meses desde que el Registro Civil me había otorgado un nuevo estado civil, el de viuda, que me pesaba como una losa.

¿Qué había pasado con mi vida? Veintisiete añitos, modelo profesional hasta los veinticuatro que lo conocí y de repente, ni marido, ni vida social, ni perrito que me ladrara.

Necesitaba beber agua. Me llamaba la atención aquella sequedad de boca matutina que me asaltaba en cuanto abría los ojos; una manifestación más del miedo que sentía de enfrentarme al nuevo día.

¿En qué momento me volví cobarde? Yo, que siempre llevaba el liderazgo en la sangre... Si mi padre me viera así, recién levantada, no me reconocería; es más, creo que adoptaría voz de sargento de artillería y me obligaría a la voz del “ya” a salir del ostracismo en el que la vida me había metido y del que yo me mostraba incapaz de escapar.

Y ahora... ahora me costaba hasta ponerme de pie por las mañanas. No en vano, el insomnio se había empeñado en ser mi compañero nocturno y allí no había quien pegara un ojo. Y no venía solo, no, sino que le acompañaban sus amigas la tristeza, la desazón y la melancolía.

Los cinco jugábamos una especie de partidas de cartas nocturnas a las que yo no les veía el fin. Por esa razón, era habitual que no conciliara el sueño hasta las cinco de la mañana y que, cuando sonara el despertador, me quisiera morir.

Aquel día tocaba psicólogo. No voy a negar que Eugenio me estaba ayudando un poco e incluso que en las últimas semanas hubiera esbozado un par de sonrisas gracias a sus consejos.

Dos sonrisas que, como no podría ser de otra manera, iban dedicadas a los dos hombrecitos de mi vida; mis hijos, Epi y Blas. Sí, sí, no es un chiste, semejante combinación tiene un porqué y yo lo voy a contar...

Mi suegro, Epifanio, estaba empeinado en que uno de los gemelos se llamara como él y yo, que entonces todavía no conocía su doble cara y lo manipulador que podía llegar a ser, accedí de buen grado. Pero, así las cosas, me pareció que era justo que mi padre recibiera el mismo privilegio y, como el hombre se llama Blas, pues eso... ¡ya estaba el lío!

Mis príncipes idénticos, rubios y de ojos verdes, como era César. Qué legado tan maravilloso me había dejado, pero cuánto dolor me generaba a la vez... Posar la mirada en ellos significaba reconocer en cada pliegue de su infantil piel un detalle de papá...

Su papá, mi querido César. Cómo olvidar el día en que nos conocimos... el modelaje en aquellos meses estaba un poco flojo y, por mediación de mi amiga Celia, comencé a trabajar en la sección de perfumería de El Corte Inglés.

El primer día que lo vi venir con su traje oscuro de línea desenfadada y con aquella camisa con los dos últimos botones cuidadosamente desabrochados, creí enamorarme. Un outfit que completaba con unos zapatos italianos de esos que hay que tener varios ceros en la cuenta corriente si quieres coleccionar.

Puedo prometer que lo que tuviera en la mencionada cuenta, era lo que menos me importaba. A mí lo que de verdad me emocionaba era lo que tenía alojado en su caja torácica; un corazón que no le cabía en el pecho de grande. El mismo corazón que se le había resquebrajado, provocándole un infarto que lo había hecho pasar a otra vida con solo treinta y cinco años.

¿Las razones? Una patología previa, decían... Para mí que más bien se trataba de un estallido por presión, unas presiones familiares que lo habían apartado de mi lado irremediablemente y para siempre.

César era cirujano en la clínica que había fundado su padre años atrás. Epifanio se había hecho así mismo, pero, cuando las cosas le empezaron a ir bien en la vida, se empoderó de tal modo que jamás recordó de dónde venía, despreciando a todo aquel que no tuviera una cartera como la suya.

Entre esos mortalitos que él calificaba de “piojos hartos de pan” se encontraba una servidora, por lo que jamás fui santo de su devoción. Es más, con un padre fontanero y una madre que limpiaba el colegio en el que yo misma estudié de pequeña, Epifanio me calificó de interesada, de cazafortunas y no sé de cuántas maldades más...

Frío como un témpano, ese hombre no conocía los sentimientos ni nada que se le pareciera, por lo que la preciosa historia de amor que vivimos César y yo no era para él más que un calentón que debía ser abortado a tiempo.

Ni que decir tiene que no solo no consiguió abortar la historia, sino tampoco impedir que nacieran nuestros gemelos, de los que me quedé embarazada a los seis meses de conocer a César. Fue entonces cuando decidimos casarnos, aunque la boda hubiera llegado en breve de todos modos, para disgusto de mi suegro.

Piruetas y más piruetas fueron las que hizo ese hombre para intentar convencer a su hijo de que yo firmara un contrato prematrimonial que me dejara con una mano delante y otra detrás en el caso de que me divorciara e incluso también si algún día él faltaba... Él faltaba, sí, sí, que me faltaba; César me faltaba cada vez que inspiraba aire...

Huelga decir que mi marido se negó en rotundo a dejarme completamente desprotegida en cualquiera de esas situaciones. No es que yo fuera una crápula, ni mucho menos, pero él siempre comentaba que tan válidos eran sus ingresos como los míos, pues a ambos nos costaba el mismo trabajo ganar el dinero. Y es que, en cuanto los gemelos tuvieron un añito de edad, yo volví al tajo, abriéndome en este caso paso en el mundo de la moda.

El que yo regentaba era un negocio de corsetería sito en pleno barrio de Salamanca. El local fue un regalo de César, que me tendió así una mano para que pudiera comenzar en ese ámbito con mayor solidez.

Recuerdo aquellos días previos a la apertura del negocio en los que venía enflechado a comprobar mis avances. ¡¡Si hasta una noche se ofreció a ayudar a los albañiles a colocar el mostrador!! Y lo hizo con tan mala fortuna que su padre entró en esos momentos por la puerta. Con mirada iracunda, le recordó que “dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición”.

Semejante frase, acompañada de su socarrona sonrisa, venía a decir que, ya que no me

consideraba digna de elevar mi status, quizá yo tuviera la habilidad de hacer de su hijo un desgraciado. ¿Quién habría más desgraciado que él? Bueno, se me ocurría una persona, su mujer, Andrea, que llevaba toda la vida siendo víctima de sus maldades.

Andrea era la abuela más amorosa del mundo junto con mi madre, Belén. A escondidas de su marido, a quien temía más que a un toro de miura, muchas veces le aconsejó a su hijo que dejara la clínica familiar y aceptara un puesto de trabajo en cualquier otra. “*Con lo buen cirujano que eres, a ti no te va a faltar el pan y así le das a tu padre una cura de humildad*”, solía decirle.

Ojalá César le hubiera hecho caso, pero su sentido de la lealtad le pudo y permaneció al pie del cañón. En los últimos tiempos, a Epifanio se le había metido entre ceja y ceja que el negocio debería generar unos dividendos todavía mayores y empezó a apretar el cuello de su hijo. Su idea era rentabilizar aún más los quirófanos, lo que supuso un plus de trabajo que terminó llevando a César al límite en forma de estrés continuado.

Un primer sorbo al café y mi melodía favorita que sonaba...

—¡¡Mamá, mamá!! —chillaban los gemelos que venían haciendo el gesto de que querían desayunar.

Mis niños, mi vida, mi motor y mis limitas sordas que eran capaces de comerme a mí por los pies si no veían nada más aparente.

—¿Dónde está lo más bonito del mundo? —les pregunté.

—¡¡Aquí!! —Señalaron hacia ellos mismos y empezaron a reírse.

¿Qué sería de mí sin mis dos cascabelitos locos? Con tres años recién cumplidos todavía iban a la guardería. En septiembre ya empezarían el cole porque, como ellos decían, ya eran “grandes”.

—Venga, pues ahora a desayunar que mami tiene que ir a trabajar y Epi y Blas a la guarde.

—Mamá, ayer le pegamos a un niño en la guarde y hoy le vamos a pegar también.

—¡¡Epi!! ¿Qué estás diciendo? Hijo mío, ni se te ocurra, ¿eh? ¿Qué te ha dicho mamá sobre eso de pegar?



—Que está muy feo, pero es que me dijo que Epi y Blas no son niños, que son dos muñecos, que se lo había dicho su hermana.

—Bueno, hay dos muñecos que se llaman así, es verdad. Mamá los veía en la tele cuando era pequeñita, pero también son niños...

—Pues yo no quiero ser un muñeco. —Cruzó los brazos Blas.

—Ya ese niño no nos lo va a decir más. —Gesticuló Epi con la mano alzada.

—¡¡¡Epi!!! —le reprendí...

Mortales, eran mortales... Los enanos apuntaban maneras desde el mismo día que vinieron al mundo y tuvieron la capacidad de orinarle ambos a la vez a la enfermera en toda la cara. Esa debió ser su primera travesura y, desde entonces, no habían parado ni un solo día.

El hecho de que no me dieran tregua me mantenía activa y sus gracias me alegraban el alma, por mucho que mi cara siguiera reflejando esa profunda pena.

—Mami, ¿cuánto va a volver papi? —me preguntó Blas. Esa era la pregunta del millón, que me repetían de vez en cuando, dándome un saetazo en pleno corazón.

—Cariño mío, está en el cielo. Sabes que no puede volver, aunque a él lo que le gustaría es estar aquí con nosotros...

—¿Y por qué en el cielo? ¿Es que hay quirófanos allí? Los médicos tienen que estar aquí para curar a los niños que se ponen malitos aquí abajo.

La crudeza de sus palabras, que desvelaba la realidad, me resultaba de lo más dolorosa.

—No sé lo que hay en el cielo, pero si lo han llamado, será porque les haga falta, cariño. —Besé su frente.

—Pues cuando vuelva dile que apague el teléfono y que no vaya más cuando lo llamen del cielo, que yo quiero ir a montar en bici con él.

El nudo de la garganta me asfixiaba en momentos así.

—Mamá montará en bici con vosotros, no os preocupéis.

—Pero mamá, te tienes que comprar una bici de carreras, que la tuya de la cestita no es guay...

—Bueno, ¿es que ahora me vais a organizar la vida? Por cierto, y hablando de organización, hoy os va a recoger el abuelo Epifanio de la guarde.

—¿Él? No quiero. —Se plantó Blas delante de mí.

—¿Por qué no quieres? Nada más lejos de mi intención que poner a los niños en contra de su abuelo.

—Porque el otro día se estaba metiendo contigo y Epi le dejó un regalito en su despacho.

—¿Un regalito? —Al saber Dios la que habrían liado mis pequeños demonios.

—Sí, me hice un poco de caca en su silla de escribir—Epi se puso la mano en la boca y se echó a reír.

—Cariño, ¿de veras hiciste eso? —Yo no daba crédito, de mis hijos se podía esperar cualquier cosa.

—Sí, mamá, pero le eché la culpa al gato, que ya es viejecito. Le dije al abuelo que tendría la tripita suelta de haber comido chuches...

## Capítulo 2

Entré por la puerta de la corsetería y pensé que era toda una suerte tener una mejor amiga y socia en el mismo pack.

Celia ya estaba despidiendo con su característica sonrisa a la señora de Gomar, como ella se hacía llamar, utilizando el apellido de su marido. La saludé y comprobé que, como siempre que ponía los pies allí, ya teníamos hecho el día. El número de bolsas que portaba en su mano así lo indicaba.

—¡Hola, Gala! —salió y me dio un abrazo.

—¡Hola, Celia! ¿Alguna novedad?

—Pues nada, la señora de Gomar, que como ves se ha llevado media tienda. Ni que tuviera un harén de maridos... Bueno, en el fondo la comprendo, querrá suplir con ropa sexy lo puerco espín que debe ser en la intimidad—se rio.

—No seas mala, anda, que es nuestra mejor clienta...

—Sí, pero ácida como un limón, no se te olvide... ¿Tú te la imaginas en plena faena?

—¿Quieres que eche el café? No, por favor, y anda que su marido parece también marchoso.

—Sí, otro que debe tener un salero en la cama de esos de cortarle las dos orejas y el rabo, sobre todo el rabo... Otro rancio que...

—¡¡Basta!! —Le hice con la mano la señal de que parara, porque ella era capaz de soltar cualquier barbaridad por la boca.

—Por cierto, hoy es viernes. Kike y yo vamos a salir a cenar, ¿por qué no te animas y te vienes con nosotros?

—¿De carabina? Lo siento, cariño, pero va a ser que no.

—Claro, de carabina, como Kike y yo solo llevamos diez años juntos, pues nos va a sentar fatal llevarte con nosotros y no disfrutar de la intimidad de los primeros días—ironizó.

—No es eso, y te lo agradezco cariño, pero es que no me apetece salir todavía. —Enmarqué mi cara con las manos.

—Pues tienes que hacer un esfuerquito, incluso se lo podrías comentar a Sergio y que se uniera a nosotros tres. Ya sabes que él estaría encantado. —Su guiño de ojos me dejó más mosqueada que un pavo escuchando una pandereta.

—¿Por qué has hecho así con el ojo? —Guiñé el mío.

—Porque me ha entrado una motita de polvo, no te fastidia. Lo sabes muy bien, Sergio bebe los vientos por ti y no tendría nada de particular que le dieras una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —Aquel tipo de propuestas me sonaban a chino en ese momento, en un momento en el que mi alma caminaba todavía de la mano de César.

—Sí, sí, otra oportunidad, como en el chiste de las rubias, pero a Sergio, que lleva años enamorado de ti.

Yo había conocido a Sergio en la pasarela y, aunque enseguida nos convertimos en los mejores amigos, nunca llegó a pasar nada entre nosotros. A decir verdad, una noche, un tanto pasados de copas, a punto estuvimos de darnos un pico, pero alguna fuerza del destino hizo que un chico me empujara accidentalmente, apartándome de sus labios. Una semana después, yo conocí a César y me enamoré de él “hasta el infinito y más allá”, como dirían mis niños, parafraseando la película de Disney.

—¿Enamorado? Anda ya... nos queremos mucho y sé que haría cualquier cosa por mí, igual que yo por él, pero en versión amigos...

—Claro, claro, lo que tú digas, que lo llames.

—¿Así de sopetón? Anda ya...

—Mujer que le gustas, pero tampoco creo que vayas a provocarle un infarto porque le invites

a cenar. Si es así, vas a tener que patentar la fórmula.

—Me estás enredando, eres una lianta. Yo no estoy preparada para nada de eso.

—Y dale Perico al torno, que no es una cita de parejas, sino una reunión de amigos.

—Bueno, déjame que me lo piense. Estoy un poco agobiada, hoy tengo que ir a ver a Eugenio, el psicólogo.

—Mira, pues aprovecha y coméntaselo. Ya verás el cate que te va a dar cuando le digas que no tienes ganas de nada.

—Ni fuerza para echar viento tengo algunos días.

—Bueno, ¿reservo para cuatro o qué?

—Suelta el teléfono, loca. Además, ¿qué hago con los niños?

—Es viernes y comen con sus abuelos. Dile a Andrea que se los quede esta noche, que ya verás lo contenta que se pone. Siempre está deseándolo y ella es un cachito de pan, nada que ver con el energúmeno de tu suegro.

—Ahí no te quito la razón, me lo dice continuamente. Bueno, déjame pensar. ¿Te traigo un cafecito?

Un par de horas después, Celia se quedó en la corsetería y yo me dirigí a la consulta del psicólogo.

Se me hacía de lo más tedioso y eso que Eugenio no podía ser más amable.

—¿Cómo llevas la semana, Gala? —me sirvió un té helado y él se puso otro.

—Pues ya sabes, trabajo, niños, suegros... todo un popurrí.

—¿Y cómo te sientes? —Me hizo un gesto para que me relajara.

—Sola, me siento sola.

A continuación, le conté toda la conversación mantenida con Celia y me animó a salir.

—No tienes que darle ninguna bola a Sergio en ese sentido, pero prueba a ir a cenar, a arreglarte, a conversar, a tomar una bocanada de aire fresco... Concédete la posibilidad de reír, de sentirte integrada en el mundo, ¿no te apetece?

—¿Tú crees? Asfixiada sí que me siento, pero tengo la sensación de traicionar a César, ¿no es extraño?

—No, no lo es. De hecho, es mucho más frecuente de lo que crees, forma parte de este tipo de duelos.

—¿En serio? No lo entiendo bien.

—Forma parte de tu concepto de la lealtad. Lo que tienes que pensar es que tú a César lo quisiste y respetaste en vida. ¿De verdad crees que la Gala que viene a esta consulta tiene algo que ver con la que él desearía que fueras?

—Nada...

—¿Qué crees que te diría él si te tuviera al lado?

—Pues me diría un “espabila”, tras el que me daría un coscorruncillo con los nudillos en la cabeza.

—Y sabiendo eso, ¿no crees que la mejor manera de rendirle tributo sería saliendo con tus amigos esta noche? Si quieres honrar su memoria, haz alguna de esas cosas que tanto le gustarían.

—No lo había mirado desde ese punto de vista.

—Pues para eso estoy yo aquí, ¿o es que crees que mis honorarios me caen por mi bonita cara? —Me tuve que reír con ganas cuando señaló su cara porque Eugenio era feíto, feíto.

—Ríete mujer, si yo lo tengo asumido. Mira, como todo depende del cristal con el que se mire,

yo pienso que no es que sea feo, sino solo un poco molesto de ver.

—Sí que va a ser cuestión de puntos de vista. —Reí.

—Pues claro, mujer, tú que puedes, ponte guapa esta noche y sal con tus amigos. Yo para eso necesitaría a la Virgen de Fátima, así que puedes darte con un canto en los dientes.

Un rato después, salí de su consulta. Durante este, estuvimos analizando el tema de mi insomnio y otros que propiciaron que Eugenio me dijera que yo tenía peor cara que los pollos de Simago y que a eso había que ponerle remedio.

Me despedí de él y, al entrar en el ascensor, me miré en el espejo. Mis ojos, que antaño brillaban como estrellas, aparecían ahora apagados. En cuanto a mis ojeras, estaban alcanzando proporciones desorbitadas.

Llegué de nuevo a la corsetería y Celia me recibió con un gracioso gesto, señalando el teléfono como diciendo que a una señal mía llamaba para reservar mesa.

—Déjame hablar con Sergio, anda.

—Venga, dale. —Su carilla de emoción me hizo pensar en que era un regalo tenerla conmigo.

Le puse un mensaje a Sergio.

“Hola, corazón. Celia me está dando la brasa para que salga esta noche con Kike y con ella. ¿Te apuntas?”

En diez segundos tenía la respuesta.

“Claro, princesa. ¿A qué hora te recojo? Menuda alegría me has dado, no lo esperaba para nada”

Quedamos en que me recogía a las nueve. Me pareció buena idea pasar por casa de mis suegros después de almorzar. Le explicaría a Andrea la situación y vería a los niños.

Maldita mi suerte, Epifanio me abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? Se me hace raro verte por esta casa.

—Yo también me alegro de verte, suegro—le solté sin dilación y entré directamente a besar a mis niños.

—Mami, mami, hoy no me he hecho caca en ningún sitio — murmuró Epi, que no podía ser más expresivo, causando mi risa. Sí, mi risa. Creo que la primera desde que murió César.

—Pero ¿quién está aquí? —me preguntó Andrea encantada. Era como una segunda madre para mí—. No veas lo que me alegra escucharte reír, hija.

Epifanio se quitó enseguida de en medio y yo vi el cielo abierto.

—Sí, hasta yo misma me he sorprendido de escucharme.

—Estás muy guapa, como siempre. Un poquito ojerosa sí que te noto, pero hasta ahí.

—Sí, no consigo descansar demasiado bien, cariño. —Acaricié su mano sabiendo que nadie en el mundo como ella para entenderme.

—Sé lo que es eso, pero tú debes hacer por venirte para arriba, que estos dos mozalbetes tienen mucha energía y necesitan a mami con las pilas cargadas a tope.

—Lo sé, lo sé, tengo que seguir adelante, pero es que me está costando la misma vida.

En esas estábamos cuando llegó el único hermano de César, mi cuñado Héctor, otro mazazo. Y digo otro mazazo porque su parecido físico con su hermano era más que evidente y cada vez que lo veía me daba un vuelco el corazón.

—¿Cómo estás, Gala? —Me dio un beso.

—Tirando, Héctor, gracias. Me alegro de verte.

—Ya sabes que cualquier cosa que necesitéis, tú o los niños, estaré encantado en poder ayudaros.



—Lo sé, lo sé y te lo agradezco. De momento todo va bien.

A Héctor no lo había tratado demasiado. Podría decirse que no le tenía cogida la medida, pues había vivido en Estados Unidos hasta la repentina muerte de César. Por esa razón, no me lo presentaron hasta el día de la boda y luego habíamos coincidido en contadas ocasiones.

Al fallecer su hermano, por lo visto su padre y él decidieron que lo mejor sería que retornara a España, con idea de hacerse cargo de temas de dirección de la dichosa clínica. A diferencia de César, Héctor era un empresario nato, pero mi suegro decía que la clínica era un negocio, por lo que todo quedaría en casa.

Me despedí de mi cuñado y continué hablando con mi suegra.

—Andrea, necesitaría pedirte un favor, ¿te importaría quedarte esta noche con los niños?

—¿Importarme? ¿Estás de broma? Sabes que no hay nada en el mundo que me guste más que disfrutar de estos dos granujillas.

—Es que voy a salir con Celia y Kike. Bueno y también se lo he dicho a Sergio. —Un tanto avergonzada, miré al suelo.

—Gala, cariño, tú no tienes por qué darme explicaciones. Pero ya que lo has hecho debes saber que, si tú quieres conocer a Sergio de otra manera, yo lo entiendo a la perfección.

—No, no es eso, Andrea. —El rubor se hizo notar en mis mejillas hasta asemejarlas a dos amapolas.

—De acuerdo, pero que, si cambias de idea o quieres conocer a cualquier otra persona, cuenta conmigo. A las parejas se las honra en vida, no después de fallecidas.

—Sabes cómo se le dice a eso, ¿no? “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”. —Mi suegro había entrado en la sala y escuchado nuestras palabras.

—Gracias por ilustrarme con tus sabias palabras Epifanio, no sé lo que haría sin tus sabios consejos—mascullé y me revolví en el sillón, como queriéndome zafar de la mala onda que aquel

hombre me transmitía. ¿Cómo podía César llevar su misma sangre?

—Ya sabía yo que mi hijo eligió mal—dijo con tono ofuscado.

—Al menos conmigo pudo elegir. En cuanto a su padre, se tuvo que quedar con el que le tocó y no es por nada suegro, pero telita...

## Capítulo 3

Me arreglé pensando que cada vez estaba más rápida a la hora de cortar en seco a Epifanio.

El hecho de que yo hubiera quedado respaldada a nivel económico tras la muerte de César, no le hacía sentir cómodo. A él lo que le gustaba era que las personas fueran vulnerables para poder decidir si las ayudaba o no. Y también para que se sintieran en deuda con él. No era mi caso ni lo iba a ser nunca, porque antes me hubiera ido debajo de un puente que pasar a depender de aquella réplica de dictador.

Miré por la terraza de mi ático y vi que Sergio ya estaba abajo. Suspiré pensando en lo difícil que me iba a ser rehacer mi vida con otro hombre, dado que el recuerdo de César no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Mientras bajaba en el ascensor comprobé con regocijo que, los aproximadamente dos kilos de antiojeras que me había aplicado en el rostro habían surtido efecto. Por primera vez en mucho tiempo me veía guapa.

Llegué al portal y Eustaquio, el portero, me hizo una graciosa reverencia y un gesto como de que iba preciosa, que le agradecí.

Me acerqué a Sergio y le di un abrazo junto con un fuerte beso en la mejilla.

—Estás guapísima, mi niña. Llevabas días sin llamarme, no sabes lo contento que me he puesto.

—Ya sé que te tengo bastante abandonado, pero es que los días no me dan para más, con tantas cosas como tengo por hacer.

Cuando comentaba aquel tipo de cosas, no podía evitar echar más en falta todavía a César, pues siempre nos dividíamos todas las labores referentes a los niños y a la cena por mitad. De la limpieza y otros aspectos de la casa se encargó durante aquellos años Raquel, nuestra empleada doméstica, que siempre lo tenía todo a la perfección a nuestra llegada. Por supuesto que ahora la necesitaba más que nunca y que seguía conmigo. Lástima que mis dos pequeños revoltosos lo

ponían todo patas arriba en un santiamén.

Durante el trayecto, Sergio no paraba de sonreírme y de alabar la belleza que, según él, estaba hecha. Durante nuestros tiempos de modelo muchas veces nos habían confundido con una pareja, pues decían que la hacíamos formidable.

Alto, de complexión atlética, moreno de ojos oscuros, con sonrisa de un millón de dólares y con toda la simpatía que puede reunir un ser humano, era lo que se dice un buen partido. Y no solo por lo que al físico se refiere, pues sus años sobre la pasarela no fueron óbice para que terminara con un buen número de matrículas de honor la carrera de ingeniero de Telecomunicaciones, por lo que acababa de incorporarse a una multinacional que le había puesto por delante un contrato suculento.

En el restaurante ya nos esperaban Celia y Kike. Ambos eran una pareja de lo mejor avenida, sobre todo porque Kike estaba más que curado de espantos y sabía que de Celia podía esperar cualquier cosa. Se adoraban y eran la viva imagen de la felicidad, cosa de la que yo me alegraba hasta la extenuación.

Lo único malo del asunto era que reunirme con ellos me recordaba demasiado a las muchas veces que habíamos quedado los cuatro, en vida de César. La situación me chocaba un poco, pero Celia, que de tonta no tenía un pelo, se percató enseguida de ello y le quitó hierro al asunto.

—¿Qué han dicho tus dos enanos de la salida? Mañana vas a tener que compensarlos, si quieres, la tita Celia y el tito Kike acuden al rescate y te echan un cable.

—Pues no os diría yo que no, que estos dos, mañana me van a dar la del pulpo, con lo moviditos que son.

—Sí, mujer, pero también son limpitos, ¿le has contado a Sergio la que liaron el otro día?

—No, está de lo más callada, yo creo que ya no quiere nada con los pobres—bromeó él.

—Pues nada, Blas que ideó el otro día meter a Epi en la lavadora. Y después decían que lo iban a hacer al revés.

—¿Qué dices? Lo que no inventen estos dos petardos... Menuda escena.

—Sí, sí, y encima como mi lavadora es de carga superior se iba sumergiendo en el tambor así poco a poco, rollo mago Houdini, tú sabes...

Nos estuvimos riendo un buen rato recordando anécdotas de los niños, de los que Celia y Kike eran padrinos, muy a pesar de mi suegro, a quien le pareció más o menos una aberración que personas ajenas a la familia apadrinaran a sus nietos.

Durante la cena no se me pasaron por alto en ningún momento las miradas de Sergio. Cierto que era un encanto total y que yo veía algo más que amistad en sus ojos, pero si yo estaba algo era poco receptiva.

—¿No es aquel tu cuñado Héctor? —me preguntó Celia, mirando a la entrada del restaurante.

—Pues sí, mira que ya es casualidad también, con todos los restaurantes que hay en Madrid.

Pese a que yo le había comentado a Andrea que cenaba con ellos, me sentía un tanto culpable porque aquello, desde fuera, diera la apariencia de ser una cita entre dos parejas.

Héctor levantó la mano, en señal de que nos había visto y se acercó hasta nosotros. A mis amigos ya los conocía, de la boda y del bautizo de los niños. Nos saludó y antes de irse me comentó algo.

—Gala, tengo un regalo para los peques, ¿te parece si paso una tarde de esta semana por tu ático y se lo doy?

—No tengo ningún problema, Héctor, pero recuerda que por la mañana estarán todavía en casa de tus padres, por si quieres dárselo allí. —Él vivía con ellos mientras no comprara una casa, pues llevaba pocos meses en España.

—Lo sé, lo sé, pero es por afianzar un poco el vínculo con ellos. Me siento regular al respecto, creo que no veo demasiado a mis sobrinos.

Héctor se fue y los cuatro nos quedamos mirándonos.

—Bueno, por lo menos no es un sieso como su padre—comenté un tanto sorprendida por la propuesta de mi cuñado.

—No, es cierto que parece amable, lo único es que me da a mí que Héctor no quiere ir a tu casa solo por ver a tus sobrinos, fíjate—añadió Sergio.

—Pues sí que hay mucho que ver en mi casa. Si no es por ver a los niños, no sé yo a qué te refieres, ni que estuviera llena de monumentos—afirmé.

—Capaz eres de no haberte dado cuenta de que el monumento que le interesa ver a tu cuñado eres tú—me soltó Celia con toda tranquilidad, como quien lava y no enjuaga.

—¿Yo? —A punto estuve de ahogarme con el bocado que acababa de dar, por la impresión que me produjeron las palabras de mi amiga.

—Tú, tú, guapita de cara. Te voy a contar una cosita, que tú no estés en el mundo no quiere decir que los demás también se hayan bajado. El planeta sigue girando y yo de ti iría haciendo caso a las señales. —Señaló a Sergio con el cuchillo y este hizo un gesto como “¿de qué me hablas”?

Reconozco que aquella noche comencé a descender de nuevo al mundo de los mortales, después de haber permanecido unos meses como en una nube. El hecho de sentirme cortejada por Sergio y el repentino interés de Héctor en entrar en nuestra vida propició que me sintiera halagada y que mi estado de ánimo, que parecía haber llegado a un punto de no retorno, comenzara a dar muestras de esperanza.

—La cena ha estado deliciosa, pero es hora de recogerse ya—les comenté a eso de las doce de la noche.

—Tú qué eres ¿una gallina? Porque esas son las únicas que se acuestan a estas horas. Nosotros ahora nos vamos a tomar unas copas como Celia que me llamo. Y si tienes valor, dí algo al respecto.

—Hombre, dicho así, medito me daría decir nada. Supongo que tampoco hay mucho problema, yo el sueño lo tengo perdido... a ver si hay suerte y de esta lo recupero.

—Así me gusta, que pienses, en positivo. —Celia me dio un abrazo y yo sentí que estaba en muy buena compañía.

Nos dirigimos a una terraza muy animada y me entraron ganas de tomarme un Beefeater con cola. Sergio corrió a la barra a pedírmelo y vino con uno para cada uno. De lo más risueño, no paraba de recordar anécdotas de la época en la que nos conocimos.

—Menuda las formaba la guerrillera esta antes de salir a la pasarela. Recuerdo un día que nos comunicaron una rebaja en el salario justo antes y la lio parda.

—No, no es necesario que cuentes eso, no seas malo, por favor.

—Venga ya, es la anécdota estrella, nuestros amigos tienen derecho a saberla.

—Pues atente a las consecuencias, si tú cuentas eso, yo serviré la venganza en plato frío.

—Vale, vale, me arriesgo. Pues nada, que nos hicieron firmar un cambio de condiciones justo antes de desfilan. Si nos negábamos a aceptar, no cobrábamos ni un euro, así que después de leer la letra pequeña minuciosamente, ella nos dijo que firmáramos. El caso es que justo al comenzar el desfile nos indicó que nos quitáramos la ropa porque, con las prisas, la organización olvidó añadir que la premisa era desfilan con sus modelos, por lo que todos terminamos haciéndolo con nuestra ropa interior y encima cobrando.

Celia y Kike me miraron sorprendidos y se echaron a reír.

—No sabía yo que mi amiga se las gastaba así...

—Búa, chaval, pues menos mal que tuviste que desfilan tú. Si lo tengo que hacer yo, con lo desastroso que soy para la ropa, lo mismo tengo que salir con los gayumbos con un boquete— comentó Kike.

—Y con los calcetines llenos de pelotillas, que menos mal que te compro yo la ropa porque no sé cómo me pude enamorar de ti, con las pintas esas que me llevabas.

—Por la percha amor, tú te enamoraste por la percha.

—¿Por la percha? —reflexionó ella—Bueno digamos mejor que por el colgador ese que me llevas...—Lo miró con carilla libidinosa.

Así eran nuestros amigos y Sergio y yo pasamos una magnífica noche con ellos. En cuanto a él, yo notaba sus ganas de acercamiento físico y la forma en la que iba invadiendo con sutileza mi espacio, en el que deseaba colarse a golpe de sonrisa.

Al final tuve que darle la razón a Celia, pues ella fue la primera en ver que Sergio estaba por mí. El problema es que yo pensaba que, en una buena temporada, no iba a estar por él, ni por nadie...

—Mañana te vemos y llevamos a tus pequeños mequetrefes adonde quiera que sea que se diviertan. —Celia me dio un beso y me dejó con Sergio.

—Si te parece bien, yo también os acompaño. Me encantará verlos y pasar unas horas con ellos... y contigo—murmuró mientras yo me ruborizaba y ellos se alejaban.

—Perfecto, sabes que eres mi mejor amigo y que siempre serás bienvenido en casa. —Le sonreí y le di un beso en la mejilla, pero ya me había encargado de dejar claro que no podía verlo de ninguna otra forma que no fuera aquella. Al menos no por el momento.

—Lo que tú quieras y como tú quieras, reina. — Me dejó en la puerta de casa y esperó a que entrase.

Tuve el impulso de volverme a mirar, pero algo me decía que, de hacerlo, él también tendría su mirada clavada en mí y por nada en el mundo quería propiciar una situación que se me antojaba un tanto violenta.

Pese a ello, aquella fue la primera noche en la que me acosté con un atisbo de esperanza en la



mente... Aunque César seguía estando en ella, el recuerdo de las horas compartidas con Sergio hizo que la sonrisa viniera a mí... Y después de ella, inesperadamente, el sueño.

## Capítulo 4

Me desperté sorprendida por el hecho de haber dormido varias horas seguidas...

Entré en el baño y sentí ganas de canturrear una canción, por lo que me escuché a mí misma entonando *“y si tú no te das cuenta de lo que vale, el mundo es una tontería y tú has dejado que te falte lo que más querías...”*

Si no pensara que es totalmente imposible, juraría que vi a César al salir, en medio de nuestro salón. De repente, mi cuerpo y mi alma se vieron envueltos por su fragancia y hasta diría que aprecié los sutiles matices de su perfume preferido “Eternity” de Calvin Klein. No podía ser más acertado el nombre, porque entendí que una parte de César iba a permanecer eternamente conmigo, pero otra debía marcharse; y, o mucho me equivocaba, o iba a hacerlo en ese mismo momento.

La sensación de que sus aterciopelados labios envolvían los míos hizo que mi piel se erizara y que de mis ojos brotaran unas lágrimas que olían a despedida definitiva.

Me llevé la mano a la boca y comprendí que César se había ido de mi vida para siempre y que, por mi propia salud mental, así como por la de mis niños, yo tenía que hacer por resurgir de mis cenizas como el Ave Fénix... Y lo iba a hacer.

Me subí en mi New Beatle rojo, ese que fue un regalo de César por nuestra boda, y me dirigí a por mis niños.

—Buenos días, Andrea. ¿Cómo se han portado? —le pregunté mientras veía una especie de liebre corriendo por el jardín.

—Bien, hija. Si no fuera por el pequeño detalle de que han pelado al gato, ya sabes cómo son estos dos chiquitujos.

—¿Que han hecho qué? —Sentí que la cabeza me da vueltas...—¡¡Epi, Blas, los dos aquí, ahora mismo!!

Llegaron de una carrera, ambos con las huellas del delito todavía en las manos, en las que se apreciaban pelos de gato.

—¿Qué le habéis hecho a Russell? ¿Puede saberse? —Intenté mantener la compostura, pero es que mis hijos iban de una en otra.

—Lo hemos puesto fresquito, mamá. —Movían sus piececitos nerviosamente.

—¿Cómo fresquito? El pelito es como su ropa, y ahora vosotros se lo habéis quitado.

—Por Dios que parece una momia, se ha quedado horroroso. —Reía Andrea por los bajinis.

—Mami, es que cuando llega el verano, tú dices que hay que guardar la ropa de invierno— alegó Epi.

—Y nosotros se la hemos guardado a Russell aquí—me informó Blas.

Andrea no pudo evitar el ataque de risa y yo tuve que hacer oposiciones para no reírme también, pues el “aquí” no era otro lugar que una bolsa transparente en la que habían metido toda la pelambreira del pobre animal, que los miraba con cara de pocos amigos.

—Pero por el amor de Dios, ¿en qué estabais pensando? Ahora el pobre Russell ha perdido todo su pelito...

—No, no lo ha perdido, se lo vamos a guardar. Y cuando llegue el invierno, se lo pegamos.

La voz grave de mi suegro interrumpió la conversación.

—Ya sabía yo que a ti los niños se te iban a ir de las manos cuando estuvieras sola. Y eso contando con que estés sola y no empezando a dar tumbos por ahí con unos y con otros, sin respetar la memoria de mi hijo—me espetó en toda la cara y yo les indiqué a los niños que fueran a jugar a la piscina.

—Te voy a decir una cosa, Epifanio. Llevo años aguantando tus impertinencias y tu mala educación por respeto a tu hijo, pero desgraciadamente este ya no está. Y, por cierto, si yo fuera tú, me haría mirar hasta qué punto tu asqueroso proceder ha tenido que ver con su repentina

marcha. Dicho esto, voy a decirte que, si vuelves a verter una sola palabra negativa sobre mi persona en presencia de tus nietos, me encargaré personalmente de que jamás vuelvas a verlos.

—Tú eres una niña engreída que no sabes lo que dice. Además, no le harías eso nunca a mujer, me consta que por alguna extraña razón que no acierto a comprender, ella te tiene cariño y tú a ella también.

—Sí, es una rareza de los humanos, que tendemos a tenernos cariño. Tú no lo entiendes porque eres un bicho raro, pero algún día te enterarás, quizá cuando te falte el de tus nietos. Y otra cosita te voy a decir, naturalmente que jamás le haría eso a Andrea, yo hablo de ti.

—No tienes derecho, mocosa muerta de hambre, puedo alegar mi condición de abuelo en cualquier tribunal para conseguir unas visitas.

—Y yo desvirtuarla al decir que hablas mal de mí delante de mis hijos; que sepas que eso es maltrato infantil y, la próxima vez que lo hagas, te juro que te hundo.

Una nueva y gratificante experiencia para el bote. Yo misma me estaba sorprendiendo por mi gran avance en pocas horas. Ya estaba bien de que este hombre tratara de hacer y deshacer a su antojo. Yo era la madre de los gemelos y, a partir de ahora, yo dictaba las reglas del juego.

—¿No tienes nada que decirle a tu nuera? —Epifanio miró a su mujer y ahí supe que mi empoderamiento estaba resultando contagioso.

—Más bien no. Ella te ha cantado las cuarenta y mucho ha tardado. Hasta aquí hemos llegado, yo estoy de su parte. Por la tuya, si vas a plantarnos cara, te sugiero que hables con nuestros abogados para establecer las bases del divorcio.

Me quedé helada. Mi suegra, que llevaba toda la vida rindiéndole pleitesía a aquel déspota, acababa de desarmarlo... Y yo daba saltitos interiormente.

Llamé a los niños y salimos de allí al galope. Pensé que, por la cuenta que le traía, Epifanio iba a empezar a tratar de otra manera a su mujer. Ya estaba bien, sus días de reinado habían llegado a su fin.

—Mamá, ¿podemos ir hoy al club de la piscina? Nuestro amigo Víctor fue el otro día...

—Vale, cariñetes, iremos. —En el fondo me estaba costando mantener el tipo y no desternillarme por lo del gato, no se podía ser más traviosos y al mismo tiempo, más cobistas.

Aquellos dos eran más listos que los ratones colorados y resultaba sorprendente la claridad lingüística que mostraban para su corta edad. Y encima, se las sabían todas... Después de unos meses de letargo, en los que ni siquiera ellos habían conseguido hacerme reír, sentía que había vuelto a la vida.

Llegamos a casa y ambos se pusieron su ropa nueva de baño, consistente en bañadores, gorros de piscina y chanclas a juego. De lo más conjuntados, fui a hacerle unas fotos...

—Espera mamá—me dijeron—que faltan los tubos de hacer snorkel.

“Los tubos de hacer snorkel”, ni que fueran los dos al Caribe a ver peces de colores, aunque con lo espabilados que estaban no quería yo pensar lo que esos pretendían ver debajo del agua.

Media hora después Sergio pasó a recogernos en su coche. Nada más abrir la puerta comprobé que algo había cambiado entre nosotros, pues incluso a la hora de acercarnos y darnos dos besos, casi no atinábamos con los nervios.

—¡¡¡Tito Sergio!!! —Los niños corrieron hacia él, pues lo adoraban.

—¡¡¡Campeones!!! —exclamó mientras los cogía a cada uno en un brazo.

—Nos vamos a la piscina, ¿tú te vienes? —Les faltó el tiempo para preguntarle.

—Claro que voy, ¿quién os va a enseñar a nadar mejor que yo?

—Nosotros ya sabemos nadar, mamá nos lleva a la pisci.

—Vosotros sabéis más de lo que os han enseñado, me parece a mí...

—Bueno, pues nos vamos. Lo único que tememos que llevarnos es eso—señalé a una pirámide

de cachivaches que los niños tenían preparada.

—¿En serio? Me tenías que haber prevenido para que avisara al camión de la mudanza. —Sergio rio Sergio.

Mientras cargaba el coche, llegaron Celia y Kike.

—Hemos pelado a Russell, el gato de los abuelos—les contaron en cuanto los vieron.

—¿Qué decís? Entonces lo mismo podéis pelarme a mí también. —A Celia le encantaba buscarlos.

—Tú tíentalos y un día te levantas como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando—le advertí.

Nos fuimos para la piscina con los peques cantando en el coche la canción de Don Patricio “*vente vacila un poquito, que aunque yo me haga el loquito...*”

Sergio los miraba sin poder parar de reír, aunque yo también percibía un cierto sentimiento paternalista hacia ellos que jamás le había notado hasta ese día.

Llegamos a la piscina y los peques salieron corriendo con sus amiguitos.

—Ancha es Castilla. Este es el único sitio en el que no tengo niños en todo el día...

—Pues también tienes derecho a disfrutar, guapita—comentó Celia.

—Sí, además, hoy nos encargamos nosotros de ellos, tú lo único que tienes que hacer es descansar. —Sergio me hizo una caricia en la cara.

—Vamos por unas bebidas, chicas. —Kike se levantó y Sergio le acompañó.

—¿No me vayas a decir que todavía no te has dado cuenta de que a este también se le caen los huevos contigo, amore?

—Sí, algo me vengo percatando desde anoche. ¿Tú no serás un poco bruja?

—¿Bruja? Va a ser que no, lo que pasa es que tengo ojos en la cara, que tú pareces un poco alelada.

—Yo no quiero nada que no sea estar mejor y comenzar a dormir bien... Y volver a estar contenta con los niños y...

—Y me estás estresando, vaya por Dios, mira que un buen flechazo te lo quita todo, por no hablar de ....

—Schhh, calla que te conozco, demonia.

—Pues conozco yo una corsetería muy buena donde venden unos conjuntos que quitan el hipo  
—bromeó.

—Sí, para conjuntos sexys estoy yo—suspiré.

—No, tú vas a estar para quedarte con las bragas de cuello vuelto toda la vida, ¿no te fastidia?

—No me des más la carga anda, que bastante he tenido con leerle la cartilla a mi suegro esta mañana.

—¿Te has atrevido a plantarle batalla al ogro ese? Ole tú y la fuerza esa que estás sacando no sé yo ni de dónde, porque déjame decirte que con la sequía que tú tienes yo habría cogido una depresión.

—¿Qué decís de sequía? —Los chicos venían con las cuatro bebidas y suerte que solo habían pillado lo de sequía, o de lo contrario mis mejillas hubieran entrado en erupción.

Sergio se agachó para darme la mía cuando un cañonazo de agua a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio, de puntillas como estaba.

—¿Qué es eso? —Vio a los gemelos con un cañón de agua más grande que ellos, que habían

dirigido directamente a su pecho.

—Esas son las cosas de su abuelo, que tiene que comprarles a los niños todos los juguetes más grandes y ostentosos...

—Ya, eso de “caballo grande, ande o no ande”, ¿no es eso?

—¿Quieres otro? —le preguntaban los gemelos con ganas de guasa total.

—Como vaya yo...—les decía Sergio.

—Ven, ven...—Mis pequeños eran unos provocadores natos y yo miraba la escena por el rabillo del ojo, intentando relajarme un poco.

Cuando ya se consideró suficientemente humillado por Epi y Blas, Sergio se levantó y les quitó el cañón, tomando él el mando y enfocando hacia ellos un cañonazo de agua que los puso frenéticos.

—¿Queréis otro? —les preguntaba él, en justa correspondencia a lo que ellos le habían preguntado.

—A ti se te dan muy bien los de esa especie, ¿no? —le preguntó Kike.

—¿Los niños? Me encantan, he sido monitor de juegos de joven en algunos colegios y me lo pasaba pipa.

—Mérito que tienes, yo los quiero porque son mis ahijados y si alguien los toca Ma-to, pero a mí los niños así en general, para que me entren, tienen que ser fritos y con mucha pimienta—rio Celia.

A la hora del almuerzo comprobé que los chicos iban a cumplir su palabra y se encargaron de los gemelos. Aunque pronto acabaron almorzando cada uno en una pierna de Sergio, al que no paraban de meter patatas fritas en la boca.

—¿Queréis parar ya? Madre mía que estos dos parece que quieren cebarme como a un



cochino. —Reía.

Sin embargo, en un descuido suyo, cada uno de los gemelos le dio un bocado a su hamburguesa por dos lugares distintos, dejando la huella del delito en ella, en forma de pequeñas dentelladas.

—¿Quién ha sido? —les preguntaba él mientras los freía a cosquillas.

—Han sido los ratones...—Ellos se defendían como podían, entre risas.

Una vez se hubieron comido la hamburguesa entre los tres, Sergio les llevó a comprar unos helados con los que les salieron unos churretes en la cara que quise immortalizar en una foto. Lo mejor del caso es que ellos, que no paraban, en ese momento rozaron sus caritas con la de él, poniéndolo perdido.

—¡¡¡Pinchas!!! —se quejaron señalándolo.

—No, si todavía va a ser mi culpa, verás, después de que me habéis puesto que doy asquito. —Buscaba él una servilleta con la que limpiar el desaguisado aquel.

—Te sientan de maravilla—le comentaba Celia entre carcajadas.

—¿Los churretes? —preguntaba él resoplando.

—Los churretes, los niños, todo...—Ella no podía parar de reír mientras que Kike decía que de esos no quería ni la muestra, que ya tenía bastante con lo que estaba viendo.

Una vez los niños echaron de nuevo a correr, los mayores nos sentamos en las hamacas y sacamos una baraja de cartas. Resultó que Sergio y yo habíamos jugado bastante en el pasado, cuando nos concentraban para algunos pases de modelos en otras ciudades, y nos presentamos como unos contrincantes de altura.

—Joder, menos mal que no estamos jugando con dinero, porque si no íbamos a tener hasta que rehipotecar la casa—se quejó Kike cuando vio que perdían de nuevo.

Desde luego que el día estaba resultando extraordinario y que por momentos notaba que, aunque el recuerdo de César no iba a abandonarme tan fácilmente, una chispita de felicidad había vuelto a mí.

—¿Un bañito o es que eres de seco? —me preguntó Sergio, ya que no me había metido en el agua en todo el día.

Pensé que tenía razón, porque además a esa hora el sol era de justicia y me metí en la piscina con él. Su actitud me daba bastante que pensar, pero cuando miraba a sus ojos, cualquier duda se disipaba por completo; Sergio me decía con la mirada que quería algo conmigo.

—¡¡Algo me ha mordido en el pie!! —chillé de repente un tanto asustada.

—Mujer, ¿cómo te va a haber mordido algo? Ni que aquí hubiera tiburones, que esto es una piscina, un poquito de por favor.

—No, tiburones no habrá. Pero si yo te digo que he notado un bocado es porque lo he... ¡ay, otro!

Sin pensarlo, Sergio se zambulló y no tardó en salir con los dos tiburones en cuestión, que no eran otros que mis enanos... ¡cómo no se me había ocurrido!

—Pero ¿os parece bonito?

—Mami, es que queríamos probar si estabas buena—argumentaron.

El gestito de complicidad de Sergio de que sí que lo estaba provocó que lo mirara de forma reprobatoria, lo que no hizo sino aumentar sus risas. Al final se sumergió con los niños y los tres estuvieron haciendo varios anchos de piscina.

—No nos queremos ir—se quejaban ellos al final de un día que había resultado inmejorable.

—Pronto volveremos otra vez, ahora os tenéis que ir a casa con mamá y ayudarla mucho, ¿eh?

—¿Ayudarla? Los dos se miraron entre ellos como no entendiendo demasiado bien lo que les había querido decir con eso.

—Sí, la tenéis que ayudar a tener la casita recogida.

—¿Y a hacer la comida? Yo quiero un gorro de cocinero e ir a “MasterChef” —decía Epi.

—Y yo también—replicaba Blas.

—Y yo quiero tirarme por la ventana si estos dos se meten en la cocina—murmuré.

Nos despedimos de Celia y de Kike, que se fueron diciendo que ya habían tenido su buena ración de niños por ese día y Sergio me ayudó a subir todas las cosas de los gemelos.

—¿Quieres que te ayude a prepararles la cena o con los baños o algo? —me preguntó.

Me quedé desconcertada. Lo cierto es que no podía imaginar mejor compañía que él para aquel sábado noche que iba a pasar a solas con los niños, como todos los demás... Pero no me veía poniendo a ningún otro hombre en el lugar de César, para eso no estaba preparada todavía.

—No, gracias, creo que podré apañármelas, no te molestes...

—No es ninguna molestia, te lo digo de corazón.

—Lo sé, pero lo cierto es que prefiero, bueno... creo que tú ya me entiendes.

No, no podía entenderme porque no me entendía ni yo. Le estaba diciendo a Sergio que se fuera cuando en realidad deseaba que se quedara, pero es que me estaba costando demasiado pasar página.

Pasé la noche con los niños en el sofá, comiendo palomitas y viendo una peli de Disney después de la cena. En mi mente estaba Sergio, pero no me consideraba preparada para mover ni un dedo al respecto. Ni siquiera cuando me envió un mensaje antes de irnos a dormir.

“Buenas noches, reina. Ha sido un día precioso y me gustaría repetir muchos más así e incluso mejores. Si te apetece que así sea, ya sabes dónde estoy”

Un escueto “Ok” fue toda mi respuesta. ¿Qué clase de respuesta era esa? Si yo hubiera recibido un “Ok” me habría parecido lo más frío, impersonal y falto de interés del mundo, pero un escalofrío recorría mi cuerpo al completo cada vez que yo intentaba dar un paso adelante. Estaba bloqueada.

## Capítulo 5

—¡Mamá, mamá, es tarta de chocolate! —Todavía no me había levantado y ya la tenía pegada en el cielo de la boca.

—Qué buena, hijos...—Aquello no tenía desperdicio, los peques habían cogido unas galletas sobre las que colocaron, así como medio tarro de Nutella. Con un poco de suerte, me moría de las cagaderas que me iban a entrar.

—¿Ves? Ya podemos ir a MasterChef, nos ha salido una tarta perfecta.

—Claro que sí, viditas mías. —Yo lo único que pensaba era en dónde podía tirar semejante concentración de calorías.

Sonriendo llegué al baño y solté aquello de inmediato. Madre mía qué pedazo de chute de azúcar me habían metido los dos en la boca de buenas a primeras. No había manera de estar a salvo con mis chiquitines.

Salí y recibí una llamada de Celia.

—Hola, loqui, ¿tú estás quemada?

—Hola, guapa, yo no, ¿por?

—¿Y los niños están quemados?

—Los niños no, ¿por?

—¿Y Sergio está quemado?

—Yo qué sé de Sergio, a mí qué me cuentas, ¿por?

—Jaja, era una llamada de control y así de paso sabía si él estaba ahí o no. Bueno, el asunto, que Kike y yo sí que estamos quemados, como dos salmonetes nos hemos puesto, ¿cómo lo ves?

—Pues claro que no está, lista. Y mira que os dije ayer varias veces que os veía colorados, pero vosotros a lo vuestro...

—Cállate que se nos han quemado hasta las rodillas y tenemos menos movilidad que un muñeco de Playmobil.

Terminé de hablar con Celia y llamé a mi madre.

—Mami, ¿qué tal?

—Muy bien, hija, ¿cómo fue ayer el día?

—Estupendamente y la cena del viernes también. Estuve con Celia, Kike y Sergio.

—¿Sergio también estuvo? Pues tienes que repetir, el viernes que viene me traes a mí a los niños, te pones guapa y a la calle. Se han acabado las penas en esta casa.

—Pero que yo no quiero nada con Sergio, mami.

—Eso lo dices tú con la boquita pequeña, pero a la hora de pronunciar su nombre, se te pone grande.

—Ains, mami, ¿te parece si vamos a comer hoy con vosotros?

—Claro hija, ahora mismo le digo a tu padre que saque los tomates y te preparo un salmorejito de ese que tanto te gusta, qué alegría me das...

Colgué el teléfono y les dije a los niños que se vistieran, que nos íbamos a casa de los abuelos.

Tuve que aguantar la risa viendo el panorama, con Epi y Blas sentados en el asiento de detrás, sosteniendo entre los dos el táper con la supuesta “tarta”.

Llegamos a casa de mis padres y por fuerza tuvieron que probarla para el postre, como no podía ser de otra forma.

—Está deliciosa—decían ellos mientras los peques sonreían de lo más orgullosos.

En la sobremesa, mientras mi padre con más paciencia que el santo Jobs estaba tirado en el suelo con los niños, me llegó un mensajito de Sergio.

“Hola, bonita, sé que no debería insistir, pero también sé que no puedo reprimir las ganas de tomar un cafecito contigo. ¿Habría alguna posibilidad?”

Se lo enseñé a mi madre y me dijo que danzando, que ya no pintaba nada allí, que ellos se quedaban a los niños durante unas horas.

En un ratito ya estaba frente a Sergio, tomando una deliciosa granizada de limón y moviendo la pajita, nerviosa. Que le dieran al café, que hacía mucho calor...

Con mucho tacto, él me fue quitando presión y acabamos riendo como dos pardillos...

—No eres capaz de hacerte conmigo un selfie de esos que nos hacíamos hace años.

—¿De esos con la lengua fuera? No, creo que...

—Porfi, dale, que eran muy divertidos, anda...

—Venga, pero solo uno y como salga salió.

Me resultó curioso hasta a mí, un selfie llevó a otro y otro al siguiente... Al final acabamos con una colección de ellos en los que se veía la evolución de mi gesto.

—Me resulta increíble, me has hecho reír a carcajadas...

—Yo no te he hecho reír, te has reído tú solita, no te quites mérito.

—Pero la compañía cuenta y mucho, y lo sabes. —Terminé con la carita echada sobre su hombro.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó reprimiendo las ganas de besarme.

—¿Macarrones? —le pregunté y causé su risa.

A decir verdad, no sabía lo que hacía allí. La que iba a ser una tarde con los niños y con mis padres se había convertido en una medio cita con Sergio que no sabía adónde me llevaría.

Ya estaba viendo a Celia, diciéndome que, ¿adónde me iba a llevar? Según ella, una cita solo podía terminar en un sitio, que no era otro que en el catre... Y nada más lejos de la realidad, lo mío con Sergio no sabía cómo catalogarlo, pero yo no estaba preparada para el sexo. A decir verdad, no lo estaba ni para un beso.

Estábamos viendo las fotografías cuando entrecerré los ojos para que la vista no me engañara.

—¿No es esa Mara? —le pregunté.

Mara era una antigua compañera de trabajo, también modelo, que por todos era sabido que bebía los vientos por Sergio en su día.

—Hombre, parejita, no sabía yo que estabais juntos vosotros dos—dijo con retintín cuando llegó a nuestra altura.

—Y no lo estamos, Mara, no te hagas películas. —Su tono de voz ya de por sí era molesto y su presencia no me hacía sentir nada cómoda.

—¿Y entonces? No me digas que al final te vas a quedar soltero y entero, Sergio, con lo que tú has sido.

—Ni soltero ni entero, Mara, no sé si me explico. —Trató de quitársela de encima.

—Bueno, no te enfades. Eso sí, apunta mi número de teléfono cuando quieras tomar un café, ver una peli o que te haga un masaje con final feliz—le propuso con todo el descaro del mundo y a mí me sentó como una patada en los ovarios.

Viendo que Sergio no le hacía el más mínimo caso y que yo tenía ganas de vomitar, Mara se fue enseguida. Como dos bobalicones, Sergio y yo nos quedamos mirándonos y nos echamos a reír.



—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Pues eso digo yo, que qué pasa—le comenté.

En un abrir y cerrar de ojos, había surgido un rollito de lo más gracioso entre los dos. Lo cierto es que noté que yo a Mara la hubiera fulminado con la mirada y eso no podía llamarse de otra forma que no fueran celos.

Me sonó el WhatsApp y recibí unas cuantas fotos de la parejita feliz, que cierto que parecía que entre los dos iban a hacer una tortilla de camarones, de lo cocidos que estaban.

Les contestamos que eso que llevaban adelantado, que ya podían freírse un huevo directamente encima y se echaron a reír.

—¿Un paseo? —me propuso Sergio.

—Claro, tengo a los niños colocados y eso no ocurre todos los días.

—Sabes que yo no necesito que los coloques en ningún sitio, ¿verdad? —me preguntó y yo asentí.

—Lo sé, sé que te gustan mucho los niños.

—Me gustan los niños, es cierto, pero me gustan todavía más los tuyos...

—Eso es porque todavía no los conoces a fondo—bromeé.

—No, eso es porque son una prolongación de ti, y todo lo que tenga que ver contigo me interesa. Imagínate entonces tus hijos.

Pude ver que había verdad en sus ojos y eso me reconfortó. Sergio era un chico sincero y sencillo que siempre había estado en mi vida de una manera u otra. Quizás pudo ser un amor de no haber aparecido César, pero...

Al final del paseo tocaba volver a casa a recoger a los pequeños.

—¿Te gustaría que nos viésemos otro día? —me preguntó.

—Sergio, tú y yo nos vemos constantemente, somos los mejores amigos del mundo—le contesté.

—Pero tú me has entendido, no me refiero a vernos como amigos, me refiero a...

—Sergio, mi cabeza ahora mismo es como un hervidero, no esperes que pueda darte una respuesta...

Noté que no estaba gestionando nada bien la entrada de aire en mis pulmones, que tenía que escapar de allí, de aquella sensación tan angustiada... Me sentía muy bien con Sergio, pero a poco que él intentaba apretarme las tuercas lo más mínimo yo explotaba como una olla a presión.

Casi sin decir palabra, salí corriendo de allí, dejándolo patidifuso. Habíamos pasado una tarde estupenda que, sin embargo, estaba acabando de la peor manera. Temblorosa llegué a casa de mis padres, sin apenas ganas de explicarles nada de lo sucedido.

De camino a la mía, traté de relajarme con los niños, que iban cantando “Hola don Pepito y hola don José”.

—Mamá, ahora te vamos a hacer otro pastel, pero un pastel de palomitas—me amenazaban por el camino.

—No, chicos, ahora mamá os va a duchar y os vais a acostar, que mañana hay guarda.

—¿Mañana hay guarda? ¿Otra vez? Se miraron con cara de que maldita la gracia que les había hecho.

Llegamos a casa, les duché y les di la cena a los dos. Después los metí en la cama y recibí un mensaje de Sergio.

“Reina, estoy totalmente desconcertado, espero que ya te encuentres mejor. Si he dicho o hecho algo que haya podido molestarte, te pido por favor que me perdones. Sabes dónde me tienes para todo lo que necesites. Para mí lo más importante es que tú estés feliz y si eso implica que yo tenga que cejar en mi empeño, lo haré”

No encontraba fuerzas para contestarle y rompí a llorar. Miré a mi alrededor y pensé que ya cada vez quedaba menos de César en mi casa y en mi vida. Y si era así, ¿por qué tenía tanto miedo a dar un paso con Sergio? ¿Por qué me seguía sintiendo tan jodidamente culpable?

Me metí en la ducha y dejé correr el agua a tope. Necesitaba llorar, desahogarme, echar fuera la rabia acumulada durante meses. Con el agua corriendo a borbotones, lloré amarga y desconsoladamente. Suerte que los niños no podían escucharme porque de verme en ese estado, se habrían asustado, sin duda.

Debí permanecer debajo del agua de la ducha como una media hora, transcurrida la cual, sequé con el dorso de la mano las últimas lágrimas derramadas, me giré sobre mis talones y me dispuse a volver a sentarme en el sofá.

Bastante más tranquila, pensé en que ojalá volviera a dormir bien esa noche, tenía una absoluta necesidad de volver a levantarme descansada, como antaño. Me estaba quedando adormilada en el sofá cuando de nuevo sonó el WhatsApp. Lógico que Sergio tampoco estuviera tranquilo después del numerito de mi huida. El pobre se sentía culpable cuando la única culpa era mía por no saber todavía a qué carta quedar.

Miré la pantalla del móvil y lo que vi me dejó perpleja. Era un mensaje de Héctor quien, además, tenía de foto de perfil una en la que estaba acompañado por César, lo que hizo que mi corazón se pusiera a mil en un minuto.

“¿Alguna posibilidad de que pudiera pasar a ver a los niños mañana por la tarde?”

Asombrada, le contesté que sí. Estaba bastante sorprendida de su repentino interés por mis hijos, pero lo cierto es que a Epi y a Blas les vendría genial que, a falta de su padre, fuera su tío quien les sirviera de referente paterno y yo no era nadie para impedirlo.

Igual las aguas comenzaban a volver a su cauce en todo, que faltita nos hacía. Pensé en que Héctor era para mí y para los niños casi un completo desconocido, pero podríamos aprender a conocerlo.

En cualquier caso, lo que no pensaba era en que hubiera ni una remota posibilidad de que su repentino interés tuviera más que ver conmigo que con los niños, como había señalado Sergio.

Cierto era que Epifanio no podía ser más mezquino, pero sus hijos eran harina de otro costal. Y allí estaba el recuerdo de César para atestiguarlo.

## Capítulo 6

Dejé a los niños en la guarde y me fui para la corsetería. Celia me recibió roja como un camarón y yo no podía parar de reír.

—Te hace gracia, ¿no? Pues yo solo te digo una cosa, que “arrieritos somos y en el camino nos encontraremos”, vaya que esto le puede pasar al más pintado.

—Sí, sí, pero mira como a mí no me ha pasado, ni a los niños ni a Sergio...

—Ajá, ya salió el tema estrella, Sergio...

—Déjate de temas estrella que ayer metí la pata hasta el cuadrejón.

—No me digas que ya has reulado y lo has dejado compuesto y sin novia.

—Déjate de guasa que yo no soy su novia, ni la de nadie.

—Y si lo fueras serías la novia cadáver, guapita, porque vaya careto que me traes hoy.

—¿Sí? —me miré al espejo y vi que tenía razón.

—Toma mi antiojeras de urgencia y cuéntame hasta el último detalle, que estoy ávida de conocimiento.

Me tuve que reír mirando la cara de cotilla que estaba poniendo y echándose hasta las orejas para adelante, como si así se pudiera enterar mejor.

Celia siempre había sido muy payasa. El día que nos despedimos de El Corte Inglés, a la fuerza me hizo improvisar un bailecito con la canción de Lina Morgan, esa tan graciosa de “*agradecida y emocionada...*” Allí sus anécdotas se contaban por docenas y las compañeras derramaron lágrimas como puños, pues ella era un chorro de alegría y ninguna deseaba que se marchara.

Le conté lo sucedido por la tarde y no tardó en darme su parecer...

—Pánico escénico, te ha dado pánico escénico, qué le vamos a hacer. Pero una cosa te digo, tú esta tarde vuelves a verlo.

—Claro, en eso estaba yo pensando, en dejar a los niños y todo, lanzando las campanas al vuelo y yendo a por Sergio con una declaración de amor en la mano. Igual él llega hasta la puerta de mi casa montado en un corcel blanco y yo estoy vestida de princesa y...

—¿Y por qué no te vas a cachondearte a otra parte? ¿A que te quedas sin socia? —Me sacó la lengua.

Quedarme sin socia, eso sí que hubiera sido una tragedia griega. Tenía que reconocer que Celia se había convertido en un pilar fundamental de mi vida, pues había actuado como mi sostén desde la muerte de César.

—Prepárate que por ahí viene la loca—me dijo y yo miré hacia la puerta.

—Lo que nos faltaba para el duro, ahora sí que estamos todas.

Fany era una clienta de esas a las que había que echar de comer aparte. Yo temerle, temerle, le temía más que a un vendaval. Y mucho más cuando veía que venía con la cara desencajada.

—Este corsé no funciona—nos dijo por todo saludo, dejándolo caer sobre el mostrador.

—¿Cómo que no funciona? Ni que fuera un mando a distancia—rio Celia.

—Que te digo yo que no funciona, mujer...

Fany, con sus aproximadamente cuarenta años, debía tener un historial psicológico del tamaño de “El Quijote” porque por Dios que a veces había llegado a la tienda contando todo tipo de locuras, pero aquella se llevaba la palma.

—¿Y eso? A ver, ¿dónde tiene los botones? ¿O cómo va esto? —Celia podía ser de lo más sarcástica y yo estaba esperando que allí se formara la marimonera.

—Mujer, no es cuestión de botones, es que yo me lo llevé con la ilusión de que mi marido se

olvidara de la pelandrusca esa con la que está liado y se volviera a fijar en mí... Y no funciona.

Celia y yo nos miramos con cara de que aquella era la devolución más surrealista que nos habían hecho en la vida.

—Mujer, pero ya sabes que la ropa interior no se devuelve, lo sentimos mucho por ti, pero es que es imposible—le dije, apiadándome un poco de ella porque venía rota.

—Y entonces, ¿dónde tengo yo que ir para que me devuelvan a mi marido?

Bueno, bueno, ahora no se trataba de recuperar el dinero del corsé, sino directamente a su marido. Pues sí que estábamos apañadas...

—A ver cariño, nosotras podemos hacerte un regalito, para que te sientas un poquito más sexy, tú ya me entiendes—le comentó Celia echando mano de unos tangas de lo más cuquis que acabábamos de recibir.

—¿Y eso? Pero por Dios, si más que ropa interior parece un tirachinas. ¿Dónde voy yo con eso? Si yo tengo culo para tres piernas... A mi marido no le iba a gustar con eso—Y para que nos quedara constancia se dio la vuelta.

—¿Y qué si tienes un culo bien hermoso? ¿Y qué si tienes más curvas que un circuito de motociclismo? ¿Tú no has visto a las modelos de tallas grandes? Bien guapas que son, no te fastidia...

—¿Sí? Pero es que a mi marido no le gustan mis curvas y...

—¿Y a ti te gustan? Porque perdona que te diga, a quien le tienen que gustar es a ti, bonita... Mira yo el tanga te lo regalo, y ahora de ti entraba y me lo probaba. Ya verás lo guapa que te sientes. Y aquí lo único que tienes que descambiar es a tu marido, que es un patán que te está haciendo sufrir de lo lindo cuando tú eres una mujerona que puedes tener al hombre que te dé la gana, ¿me he explicado? —le soltó de carrerilla Celia.

—Como un libro abierto—le había soltado la retahíla con tal contundencia que Fany enmudeció.

—Pues arreando que es gerundio, y cuando salgas de aquí llamas a tu marido y le dices que quieres el divorcio.

—¿Así ya de sopetón?

—Así en caliente, en caliente. Piensa que calentito es como está él con la otra y ya verás las ganitas que te entran de mandarlo a freír espárragos.

—Pues mira que llevo meses tentada y todavía no he tenido el valor.

—¿No? Pues hoy lo vas a tener. Por cierto, el tanga va genial con el corsé. El día que estés celebrando tu despedida de casada te lo pones y te ligas a un maromo.

—¿Mi despedida de casada? ¿Eso existe?

—Hombre que existe y bien satisfactorias que son...

Increíble pero cierto. Fany salió por la puerta con las dos prendas en la bolsa y con grandes dosis de ilusión en el bolsillo.

—¿Cómo has hecho eso? —le pregunté atónita.

—¿Hacer qué? ¿No has visto que estaba empanada? Yo lo único que he hecho ha sido desempanarla... ¡Patanes a mí! De eso nada—se rio.

—Igual habías valido para psicóloga...

—Y para sexóloga, y para lo que me hubiera dado la gana. Piensa que nosotras valemos para todo y que yo vea esa autoestima por encima de tu cabeza. Y al lío, ¿qué pasó con Sergio anoche?

La puse en antecedentes y se santiguó, así directamente.

—Tienes que llamarlo, queda esta noche con él, de veras. No te preocupes por los niños, Kike y yo nos los quedamos. Al final hemos escapado bien y no nos han tenido que ingresar ni nada—bromeó mirando el color de su piel—, así que podemos hacerte de canguro.



—No, cariño, te lo agradezco mucho, pero yo no tengo las cosas claras. Más bien creo que he estado mareando estos días a Sergio, sin pretenderlo, así que voy a esperar a ver hacia dónde me lleva el viento.

—¿Y qué vas a hacer entonces esta tarde?

Celia era un amor y yo las tardes las solía tener libres, haciéndose ella cargo del negocio.

—Pues creo que va a venir Héctor a ver a los niños.

—¿A ver a los niños o a ver a la mamá de los niños? Porque me parece que este viene enflechadito también, yo estoy de acuerdo con lo que dijo Sergio el otro día.

—Vosotros sois todos muy listos, ¿no? Yo prefiero pensar que él se interesa por los niños, que tampoco tendría nada de particular. Es su tío y se ha dado cuenta de que se han quedado un poco desamparados tras lo de su padre.

—¿Desamparados? No digas esa palabra ni en broma, a esos niños les ha tocado la lotería con la madre que tienen. Y ya de paso con la tía postiza, no es por nada.

Pasamos el resto de la mañana recibiendo y colocando material y nos despedimos al mediodía. Me acerqué a la guarde por los niños y les comenté lo de la visita de su tío.

—El tío Héctor se parece mucho a papá—me comentó Epi.

—Sí, cariño, se parece mucho porque son hermanos.

—Pero ¿son hermanos calcados como Blas y yo?

—No, cariño, son hermanos de dos barriguitas distintas, y no se dice calcados, se dice gemelos.

—Pues nuestra amiga Margarita nos dice que somos calcados y les gustamos los dos.

—Anda, qué lista Margarita, ¿y por qué lo sabéis?

—Porque nos da una mano a cada uno...

Viva el poliamor desde la más tierna infancia, menuda pazguata tenía que ser yo. A este paso me iba a quedar obsoleta.

Llegamos a casa y Raquel nos había preparado pastel de carne para almorzar, el preferido de los niños. Tras casi comerse hasta el plato, mis enanos se echaron a dormir una siestecita y yo me relajé con ellos. La noche anterior había vuelto a dormir mal tras el episodio con Sergio.

A las seis de la tarde llamaron a la puerta y era Héctor. Cuando abrí, mi corazón brincó. Venía directamente del trabajo y su atuendo era casi idéntico al que solía lucir César.

Me dio dos besos y me estremecí. ¿Cómo se podía parecer tanto y encima tener un estilo tan parecido? Pero había algo más, algo que me recordaba a César hasta que doliera... su perfume, sin duda.

—¿Llevas puesto...? — titubeé porque me dio vergüenza hacerle aquella pregunta tan personal.

—¿A qué te refieres? —me preguntó.

—Lo siento, no debí...

—Pregunta sin miedo, Gala. Al fin y al cabo, soy yo quien ha llegado a tu casa, a tu reducto más sagrado. Tienes derecho a preguntar lo que te venga en gana.

—Me preguntaba por tu perfume...

—¿Eternity? Lo siento debí caer en que quizá te traería demasiados recuerdos. Sé que era el preferido de mi hermano, y el mío también.

—No, hasta ahí podría llegar la broma, no tendría sentido que cambiaras tus hábitos por mí.

—Lo entiendo, pero también quiero que sepas que lo último que deseo es importunarte en nada, lo entiendes, ¿verdad?

—Perfectamente, voy a llamar a los niños. ¡Epi, Blas...! —exclamé.

Se echó a reír...

—¿Sabes? Reconozco que todavía no me acostumbro a lo de Epi y Blas, me da la risa.

—Creo que ya conoces la historia de los nombres.

—Sí, mi padre que es un cabezón. Estoy seguro de que no te ha debido poner las cosas nada fáciles en estos años.

—Eso puedes jurarlo. Lo cierto es que ha ido a degüello, pero yo ahora le estoy pillando el puntito.

Los niños salieron y le dieron un beso a su tío.

—Umm, hueles como papá—dijo Blas.

—A ver, a ver, yo quiero oler a papá—añadió Epi.

Antes de lo que canta un gallo, ya los tenía a los dos encima.

—Os he traído un regalito a cada uno, a ver si os gusta.

—¿Dónde están? —preguntaron con los ojos abiertos como platos.

—Los he dejado en la puerta antes de que vuestra madre me echara por meterle en casa tanto trasto.

—¿Tanto trasto? —Me eché un poquito a temblar, aunque nuestro ático era amplísimo, por suerte, y los niños contaban con una habitación exclusiva para juegos.

Su tío salió al descansillo de la escalera y entró con dos cajas enormes.

—¿Una para cada uno o las dos para compartir? —me preguntó a mí.

—Para compartir, que eso creo vínculo—le contesté.

—Pues ya habéis escuchado a vuestra madre, a compartir se ha dicho.

La carita de asombro de los niños, mezclada con el abrazo que le dieron a su tío, me llegó al alma.

—¡Es el fuerte del oeste!! —chilló Epi, que era un enamorado del mundo de Playmobil, lo que me recordó por otra parte a Celia y a su forma de andar cuando la vi aquella mañana.

—¡Y el barco pirata! —le siguió Blas, que no lo era menos.

Seguro que tras aquella compra había estado Andrea, que se sabía al dedillo lo que los niños tenían o dejaban de tener y cuáles eran sus gustos.

—Muchas gracias, han flipado, a la vista está.

—De nada, estoy encantado de poder estar aquí. —Su sonrisa me reconfortó y de nuevo ese olor a César...

—¿Quieres tomar algo? —Le ofrecí.

—Solo si lo tomas tú conmigo—me contestó.

—Vale, puedo preparar un par de té helados y nos los tomamos en la terraza, seguro que los niños quieren montar los juguetes allí.

—Me parece una excelente idea.

Entré en la cocina y preparé los té. A continuación, salí y comprobé que Héctor se estaba haciendo con los niños por momentos.

—¿Sabéis que vuestro padre y yo también jugábamos con los Playmobil cuando éramos pequeñitos? —les preguntó.

—¿Sí? ¿Había Playmobil? —enarcó una ceja Blas.

—No, entonces tenía que haber dinosaurios—rio Epi.

—¿Dinosaurios? ¿Me estás llamando viejo? Empezó a hacerle cosquillas y a Blas también y ellos se doblaban en dos en el sofá.

—Aquí están los té helados—le comenté—y batidos para vosotros, niños. Venga, todos fuera.

—¿Nos vas a ayudar a montarlos? —le preguntaban ellos con carita de súplica mirando sus nuevos juguetes.

—Por supuesto que os voy a ayudar, ¿creéis que os voy a dejar en la estacada?

Me llamó la atención que usara justamente esa frase porque esa y no otra era la que yo solía mencionar a colación de lo que la vida había hecho con nosotros, dejarnos en la estacada con la marcha de César.

—¿En qué piensas? —me preguntó Héctor, pues debí quedarme inmóvil con la bandeja en la mano.

—Pensaba en lo que has dicho, perdona, cosas mías...

—¿Puedo pedirte un favor? Es un tanto personal, entenderé si me dices que no.

—Déjame valorarlo, dime.

—Vengo con la ropa del trabajo y me gustaría, ahora cuando nos tomemos el té, echarme al suelo a jugar con los niños, ¿tú tendrías por ahí...?

—¿Te refieres a si tengo ropa de tu hermano? —Tragué saliva.

—Justo eso, por si me pudieras dejar alguna cosita.

—Tengo, tengo, claro...

Me dirigí hacia nuestro vestidor y abrí la parte de César, en la que conservaba intactas todas

sus pertenencias. Sin poder evitarlo, pasé la mano por algunas de las perchas, como si el contacto con su ropa me fuera a devolver una parte de él.

Me giré y di un respingo. Apoyado en el marco de la puerta estaba Héctor.

—Siento muchísimo si te he asustado, yo no pretendía...

—Tranquilo, tranquilo, soy yo, que estoy muy susceptible.

Tiré de una de las perchas, en ella había un pantalón de chándal de César, el último que yo le había regalado. Cogí igualmente una de sus camisetas blancas básicas, las que se ponía tanto para estar en casa como debajo de las sobre camisas, cuando salía a la calle.

—Aquí tienes, te buscaré también unas chancas...

Le dejé en el vestidor y cuando volvió por la terraza me impresioné. Era la viva imagen de César y, para más inri, parecía tratarme con la misma amabilidad y tacto con los que él lo hacía.

—¡¡Ahora sí que te pareces a papá!! —exclamaron los niños y corrieron a su encuentro.

César me miró complacido y yo le devolví la mirada, igualmente encantada. De repente pensé que había sido una idea estupenda la de acercarse por casa, pues así nos sentíamos más en familia.



## Capítulo 7

Llegué a la corsetería y Celia me pareció un poco menos roja y algo más rosa que el día anterior...

—Hoy me traes mejor cara, menos mal—murmuró.

—Sí, anoche dormí mejor.

—¿Por qué? ¿Es que supiste algo de Sergio?

—¿De Sergio? No, no he vuelto a saber nada—le comenté.

—¿Y con Héctor? ¿Cómo fue con él?

—Con él muy bien... Bueno, en realidad un poco impactante.

—Define impactante.

—No sé cómo decirte, cuando lo vi entrar me pareció que era...

—Cariño, Héctor no es César, por mucho que la naturaleza te pueda sugerir un parecido extraordinario en muchos momentos.

—Sí, pero es que ya no solo te hablo de su físico.

—¿Y entonces?

—Entonces me refiero a la manera en la que nos trató a mí y a los niños. Me cuesta explicarme, fue un poco mágico, como si en un momento dado...

—Nada hubiera ocurrido y os sintierais de nuevo los cuatro juntos, en familia, ¿no es eso?

—Justo eso, hacía mucho tiempo que no sentía algo así.



—Lo entiendo y me alegra saber que la situación te hizo sentir respaldada, pero solo espero que recuerdes que tu marido ya no está y que no es necesario que retomes tu existencia con una persona parecida a él ni de su entorno. Piensa que eres la única capitana del navío de tu vida y que tienes el control hasta de los vientos que soplan.

—Anda que no se ha levantado poética ni nada mi niña, así me gusta...

En cualquier caso, sus palabras sobran. Una cosa era sentirme a gusto en un ratito como el vivido la tarde anterior y otra muy distinta fantasear con ideas que no venían al caso, ni mucho menos.

Un rato después me llamó Andrea.

—Hola cariño, ¿qué tenéis pensado hacer hoy al mediodía?

—Pues almorzar, cielo, que tus nietos tienen la mala costumbre de comer varias veces al día —reí.

—Ya lo sé, ya lo sé, y como limas sordas. Te llamaba para decirte que Epifanio no está y que me encantaría que vinieras con ellos a almorzar. ¿Puede ser?

—Claro que puede ser...

El paraíso, mis niños corriendo por el jardín y bañándose en la piscina mientras yo departía animadamente con Andrea, que más que una suegra era para mí otra gran amiga y pilar de mi vida.

Los recogí del cole y puse rumbo para allá. Ni siquiera fue necesario pasar a por sus bañadores, pues Andrea siempre tenía en su casa algo de ropa de la que ella misma les compraba.

—¡¡¡Abuelita!!! —exclamaron ellos, que la adoraban, no así al abuelo.

—Mis niños, hoy vais a comer pizza artesana de barbacoa, la que os gusta, la abuelita se ha llevado media mañana preparando la base.

—No hay abuela mejor que tú. —Le di un beso en la mejilla.

—Ni madre mejor que tú. Por cierto, me ha dicho Héctor que pasó ayer la tarde en tu casa, me alegra mucho que se preocupe por sus sobrinos.

—Sí, vino a traerles unos regalos de los que seguro tú tienes conocimiento.

—Sí, fui a comprarlos con él, estaba un poco perdido. Ya sabes, hombres...

—No, no creo que sepa. Se me va a olvidar lo del tema de los hombres.

—¿Sí? —me miró con carilla de preocupación— ¿Y Sergio?

—No, nada de Sergio. Yo estoy un poco como en shock con todo lo que tenga que ver con el género masculino y él quiere disfrutar de la vida. Siento que estoy en otra onda.

—Pues sería ideal que te bajaras de la tuya y te subieras en la de él, que me da en la nariz que debe ser más sana y divertida.

Pusimos juntas la mesa, entre confidencias, y justo cuando íbamos a comer se abrió la verja y entró un coche. Maldita sea, como fuera Epifanio me iba a dar el almuerzo, pero bien dado.

—¡¡Hola a todos!! —Me equivoqué, era Héctor, a quien no esperaba.

Miré a Andrea y por su gesto noté que ella tampoco tenía ni pajolera idea de lo que estaba haciendo allí.

—Hijo, no sabía que ibas a venir, me has cogido de improviso.

—Pues nada, mamá, castigado a pan y agua. Yo miro como vosotros almorzáis—se rio.

—No seas tontorrón, es solo que te hacía en el trabajo.

—Y pensaba quedarme, pero cuando me has comentado antes que venían Gala y los niños a almorzar me ha apetecido hacerlo con vosotros.

—Me parece bien, hijo, si ya sabes que a tu casa vienes. Y, además, pizza he hecho para parar el tren, Ya me conoces, no sé cocinar para pocos.

—Qué va, mamá, tú como si estuvieras en un cuartel.

—Sí, hijo, mejor que sobre que no que falte.

Héctor se acercó y me dio un único beso en la mejilla, en señal de familiaridad. Luego saludó a los niños y se los llevó con él al interior de la casa. Al salir, lo hizo ya con un bañador y un montón de juguetes de playa que tenía guardados para ellos y que los hizo venir hacia mí con los ojos saltones como la rana Gustavo.

—Mami, mami, mira todos los juguetes que nos ha comprado el tío...—Los niños saltaban y brincaban con ellos en las manos.

—Los vas a consentir demasiado—le comenté mientras Andrea añadía un servicio a la mesa.

—Soy su tío, si no los consiento yo, ¿quién lo va a hacer? —Formuló una pregunta retórica.

—Sí, sí, consiéntenos—decían aquellos dos a los que no se les iba ni una.

Russell pasó y los miró con recelo. Por Dios que parecía un gato egipcio, lo habían dejado más feo que la rodilla de una cabra.

Nos comimos la pizza charlando animadamente los cuatro y Héctor estuvo muy pendiente de cortarles a los niños sus porciones y de que se las comieran. Por mi parte, no podía evitar el pensar en Sergio y en que era él quien se estaba ocupando de hacer todas esas cosas días antes.

Terminado el almuerzo, durante el que le pillé varias sonrisas a Héctor que parecían estar dedicadas exclusivamente para mí, nos comentó que tenía que volver a trabajar y que nos dejaba.

—¡No te vayas, tito! —le imploraron los niños y yo comprendí que estaban deseando quererlo.

—Ahora me tengo que ir, pequeños, pero no os preocupéis que en breve os veo.

—¿Cuándo? —preguntaron ambos con carita ansiosa.

—Bueno, eso va a depender un poco de lo que diga vuestra madre, ¿no os parece?

—¿Yo? —pregunté sin saber muy bien lo que decir.

—Mira, te lo voy a poner fácil, hoy es martes, ¿y si nos vemos el viernes y hacemos con ellos algún plan de tarde?

—Los viernes es que suelen almorzar y pasar la tarde justo aquí, en casa de tus padres. — Pensé que mi prima la coja iba a comer allí el viernes con el simpático de mi suegro.

—No había caído, es cierto. Bueno entonces mejor será que vengan esta semana el jueves y así tenemos la tarde del viernes para nosotros—concluyó con seguridad y en ese gesto también me recordó a César.

—Por mí no hay ningún problema—comentó mi suegra y me pareció que estaba bien.

—De acuerdo, nos vemos entonces el viernes—murmuré un tanto cortada por la situación.

Pasamos la tarde con Andrea y nos fuimos justo antes de que llegara Epifanio, al que tenía tantas ganas de ver como de que me dieran un martillazo en el dedo gordo del pie.

Llegué a casa y, una vez los niños cenaron y estuvieron acostados, le di un repaso rápido a lo que estaban siendo mis últimos días. En nada, había pasado de apenas querer salir de casa a ver entrar en mi vida, de una forma u otra a dos hombres que siempre habían pertenecido a ella; Sergio y Héctor.

Del primero seguía sin saber nada; en cuanto al segundo, parecía que se estaba ganando el corazón de mis hijos y eso era lo único que me importaba. Yo no buscaba el amor.



## Capítulo 8

Viernes por la tarde y los gemelos conjuntados para ir al parque, balón en mano.

El cochazo de Héctor se paró frente a nosotros y nos saludó, a mí con el mismo único beso familiar del último día. Los enanos no paraban de alborotar y enseguida los subimos.

—Veo que vienes perfectamente preparado—le dije cuando les abrochó los cinturones de las sillitas que les había comprado a los niños.

—La seguridad de mis sobris es lo primero, no te quepa duda.

Eché una visual y volví a suspirar. De nuevo aquel atuendo, en este caso deportivo, que tanto y tanto me recordaba a César. Y para colmo, su fragancia... Una fragancia que me trasladaba a un universo donde un día su hermano y yo nos sintiéramos colmados de dicha.

No nos dio tiempo a vivir demasiado, por desgracia, pero recordaba con total intensidad cada uno de los momentos que pasé junto a él. A mi mente vino de repente el instante en el que, temblorosa, le confesé que estaba embarazada. No llevábamos demasiado tiempo de relación y, aunque creía conocerlo, no podía remediar sentir miedo ante una revelación de tamaña magnitud.

Recordé la forma en la que él me dijo que acababa de hacerle el hombre más feliz del mundo y en la que me cogió en brazos, dando vueltas y vueltas.

Después siempre bromeábamos al respecto de que los gemelos habían salido tan movidos precisamente por eso, porque su padre me dio más vueltas que un volador ese día.

—¿Dónde estás? —me preguntó Héctor y, tras soltar una tímida sonrisa, comprendí que eso formaba parte de mi intimidad y no podía compartirla con nadie.

Él pareció entenderlo y guardó un respetuoso silencio, que finalmente rompió para darles varias opciones a los niños sobre el tipo de parque al que íbamos a acudir.

Terminamos decantándonos por uno que no estaba demasiado alejado de casa y al que solían acudir muchos de sus amiguitos. Incluso su amiga Margarita, esa que parecía estar loquita por mis dos retoños, solía aparecer por allí algunas tardes.

Llegamos y nos sentamos al borde del estanque de peces de colores, mientras que Héctor les hablaba de las peripecias compartidas con su padre cuando ambos eran pequeños.

Llamaba la atención ver que aquellos dos bichitos, que normalmente no solían parar quietos un segundo, permanecían inmóviles mientras su tío les contaba un sinfín de anécdotas de su niñez con su padre.

—Pues ahora que papá se ha ido al cielo, tú podías ser nuestro padre. —Epi se dejó caer bien.

—Es verdad, ¿vas a querer? —preguntó Blas.

Héctor se me quedó mirando y mis mejillas debieron mostrar todos los colores entre el rojo y el morado.

—Niños, Héctor es vuestro tío y él siempre os va a querer mucho y va a venir a veros. Papá era papá y el tío es el tío—dije de un modo un tanto atropellado, presa de los nervios.

Los niños asintieron y salieron corriendo y yo notaba que me iba a dar un síncope.

—Lo siento mucho, ellos, yo no sé qué...

—No tienes que disculparte, además no sería tan mala idea, no soy un ogro—bromeó sacando todavía más mis colores.

—Estos niños la ponen a una en cada aprieto que no veas, son de lo que no queda...

—Imagino, pero conmigo hay confianza, no te preocupes. ¿Sabes? Siento que no te conozco nada bien, y me gustaría que eso cambiase.

—Cuéntame—le comenté con cierta vergüenza.

—Verás, hay algo de lo que no me siento orgulloso y es de no haber estado demasiado unido a mi hermano en los últimos años.

—Entiendo, pero es que tampoco lo teníais fácil, a miles de kilómetros de distancia.

—Eso es cierto, pero en la era de las tecnologías, si dos personas no se comunican más es porque no quieren. Yo me volqué demasiado en el trabajo y dejé de lado otras parcelas de mi vida que jamás debí desatender y una de ellas fue la de mi hermano.

—¿Y por eso quieres enmendar ahora la plana con tus sobrinos?

—Justo. Lo pasado, pasado está, pero siento como, si a través de esos chiquitines, pudiera recuperar en parte esa vida que no compartí con César, sé que tú me entenderás.

—Sí, además ellos se parecen mucho a su padre, qué te voy a contar yo a ti, ya lo verás; tú lo conocías muy bien y vas a reconocer muchos gestos y detalles de él en los niños.

—Será todo un placer y, por extensión, también me gustaría conocer a su madre, si tú me lo permites.

—Claro, yo no tengo ningún inconveniente en que nos veamos...

No pude articular ni una palabra más, pues el hecho de que Héctor dejara posar su mano sobre la mía me dejó a cuadros. Mentiría si dijera que me había disgustado, pues en su mano me pareció sentir también la de César, pero enmudecí.

Al ver mi reacción, él la retiró.

—Espero no haberte molestado, ha sido un acto reflejo, no he podido evitarlo....

“Un acto reflejo”, no podía enfadarme con él. Así llamaba también César a los muchos gestos que le salían con total espontaneidad y que yo en algunas ocasiones calificaba como “arranques toreros”. Si por las venas de Héctor corría la misma sangre, y me constaba que así era, no resultaba raro que también se mostrara impulsivo.

—¡¡Mamá!! —chilló Epi mientras se soltaba de manos por el tobogán.

—¡¡¡Epi!!! —chilló Héctor viendo que un niño mayor se tiraba justo detrás de él y, con su cuerpo bastante más voluminoso, casi lo arrolla.



Solté el aire y crucé los dedos, suerte que el tobogán estaba al lado y que Héctor llegó a tiempo para sacar de él a mi hijo y librarle de lo que hubiera sido un impacto seguro.

La cara de susto de Héctor no tenía desperdicio, lo mismo que la mía de alivio.

—¿No querías sobrinos? Pues ahí tienes doble distracción...

Se notaba que Héctor no estaba demasiado familiarizado con los sustos que dan los niños, porque su cara lucía amarilla como la de un Simpson cuando se volvió a sentar.

—Es lo que tienen los niños, que cuando no te dan un susto, es porque te dan tres. —Me eché a reír una vez que también se me pasó un poco el cague, porque a mí estos dos me tenían ya curada de espantos.

—¡¡Tito, tito, mira lo que te he traído!! Un regalito...—Blas venía volando y despertando el interés de su tío, que lo miraba curioso.

—¿Un regalito? A ver, a ver... Blas se lo colocó en la mano y resultó ser un saltamontes que dio un salto hasta la luna, provocando la risa de Héctor.

—Desde luego que son tremendos, tú no te aburres, ¿eh?

—¿Yo aburrirme? Puedes jurar que no...

—¿Te molesta si te hago una pregunta? —preguntó en tono condescendiente.

—Dispara, anda, sé que quieres hacérmela, te lo noto en los ojos.

—¿Cómo lo llevas? —Me miró con profundidad.

—Jodidamente mal, esa es la verdad. Noto demasiado la ausencia de tu hermano, qué te voy a decir que no sepas, era muy especial.

—Sí que lo era, lo único que quiero que sepas es que a partir de ahora no vas a estar sola, a mí me gustaría formar parte de vuestra vida, en la medida que tú me dejes.

Me acordé del gesto de hacía unos minutos, ese que yo había esquivado, y sentí un pellizquito en el estómago. Estar con Héctor tenía mucho de lo bueno que yo recordaba de cuando estaba con César, con la diferencia de que a mi marido le entregué mi corazón y le hubiera entregado la vida, de haber sido necesario. ¡Cuánto lo echaba de menos!

También Sergio estaba en mi mente y no saber nada de él me costaba, pero no quería crearle falsas ilusiones, no me parecía justo para él ni tampoco para mí. Yo necesitaba algo más de tiempo para digerir mi viudedad, ese estado al que me estaba costando tanto hacerle frente.

Los niños jugaban con sus amiguitos y yo caí en la cuenta de que aquello se parecía mucho a una estampa familiar. A ver, que familia sí que éramos, pero yo me entendía... Visto desde fuera bien podía pensarse que éramos mamá, papá y niños.

Epi y Blas se acercaron de la mano de Margarita, que me miraba con cara de pilla y me decía que se iba a casar con los dos. Toma ya, eso era poderío y lo demás tonterías, pues sí que venían pisando fuerte las nuevas generaciones.

Pasamos un buen rato en el parque, durante el que Héctor me estuvo contando diversos aspectos de su trabajo y de su vida. Durante ese par de horas descubrí muchas cosas sobre él y sobre su pasado. Me confesó que había tenido una única relación seria. La chica se llamaba Martina y rompieron cuando él se marchó a vivir a Estados Unidos.

También me dijo que todo cansa en la vida, y que ya estaba harto de ir dando tumbos por ahí, sin pareja fija. Por lo que deduje de sus palabras, Héctor estaba deseando sentar cabeza y tener su propia familia. ¿Y quién no?

Lo cierto es que aquella tarde me cambió mucho el concepto que tenía de mi cuñado. Pese a no haberlo tratado demasiado, siempre tuve la impresión de que era un hombre más frívolo, menos cariñoso y familiar que César, pero debía estar rematadamente equivocada.

La tarde estaba finalizando y era hora de volver a casa. Viernes, tocaban palomitas, chuches y peli. Ese era uno de mis momentos favoritos de la semana cuando, sentada junto a mis niños, nos hacíamos toda clase de arrumacos y confidencias.

De vuelta a casa, inesperadamente, Héctor dio nuevas muestras de su sensibilidad, invitándonos a cenar. Los niños chillaron que sí y que querían ir a McDonald's.

—Si te digo que he ido un par de veces en mi vida, igual pongo hasta una de más. —Se rio.

—Pues tus sobrinos tienen devoción por sus hamburguesas, por las patatas y por la piscina de bolas.

—¿Cómo la piscina de bolas? —me preguntó un tanto extrañado. — No me digas que hay piscinas de bolas en esos sitios, madre mía que mis sobris me van a poner las pilas en cosas de niños.

—Sí, sí, que falta te hace. Te veo perdidillo. —Me reí.

—Un poco, un poco....

Llegamos y los niños no tardaron en cogerse cada uno de una mano de su tío, contándole lo que les gustaba comer allí y cómo molaban los pequeños juguetes que venían de regalo.

Héctor me miraba como quien está descubriendo un mundo nuevo y su gesto me indicaba que no le molestaba en absoluto, más bien diría yo que estaba disfrutando bastante con todo lo que mis niños le mostraban.

Cenamos embelesados mirándolos, pues no paraban de reírse y de hacerse gestitos entre ellos.

—¿Sois novios? —nos preguntaron.

—¡¡¡No!!! —exclamé, mis enanos me provocaban vapores.

—Es que Margarita dijo antes que eráis novios....

—Pues Margarita se cree muy lista, pero no. —Negué con la cabeza y pensé que los niños me iban a dar la del pulpo.

Nada más cenar y antes de que anunciáramos que tocaba retirada, se fueron directos a la piscina de bolas, desde donde la liaron a su estilo, incitando al resto de los niños... Todos se pusieron a señalarnos y a decir que éramos novios y yo, con las mejillas echando fuego, les dije que era hora de irnos.

Héctor no podía parar de reír y me comentó que el humor de los niños le recordaba mucho al de su hermano César. Al despedirnos, Epi y Blas le dieron un beso y un abrazo tremendo y le preguntaron cuando volverían a verle.

—Lo dejo de nuevo en manos de vuestra madre, por mí nos podríamos ir mañana a un parque acuático y pasarnos todo el día en el agua, como los patos.

—¿Mami, podemos? Di que sí, porfa, di que sí. —Ya estaban con aquella sonrisa zalamera otra vez, apretando los dientes.

—Vale, ¡cualquiera les dice que no! —Reí.

—¿Te apetece? —me preguntó Héctor.

—Me apetece—suspiré pensando en que la situación me estaba dando algo de vértigo.

## Capítulo 9

—Mamá, mamá, ya es de día, vamos a preparar el desayuno. —¿Por qué diablos los niños no venían con pilas?

Por suerte, en la última semana parecía que el sueño y yo nos estábamos reconciliando y las sábanas se me habían pegado un poco aquella mañana.

—Ainss, es que tengo un sueñecito...—les dije mientras ambos se metían en mi cama. Me encantaba aquella sensación de los tres acurrucados que propiciaban las mañanas de los fines de semana...

—Mamá, ¿y si hacemos creps con Nutella? —me preguntaron.

—Mejor mañana, si queréis ir al parque acuático hoy tenemos que darnos un poco más de prisa, ¿vale?

—¡¡Vale!! —chilló Epi.

—De todas maneras, ya hemos comido mermelada...—Blas me enseñó las manos y casi me caigo de espaldas porque tenía fresa en ellas para dar y regalar.

—¡¡¡Mis sábanas blancas!!! —chillé—¿Cómo que habéis comido mermelada? ¿Con qué? —Pensé en que no había panecillos ni nada por la cocina.

—Pues con qué va a ser mamá, con una cuchara—me contestaron con esa cara dura que Dios les había dado. —Mis chiquitines no podían ser más salerosos ni echarle más cuento a la vida, yo

me quedaba alucinada con ellos.

Una hora después Héctor nos esperaba en el portal.

—¿Listos todos para pasar un día de fábula?

—¿De qué? —preguntaron los pequeños que, pese a hablar mucho para su edad, no estaban familiarizados con ese término.

—Un día maravilloso, maravilloso—les dijo su tío.

—Ah vale, de esos, entonces sí. —Se sentaron cada uno en sus sillitas y, como gesto de lo mayores que eran, se abrocharon ellos mismos el cinturón.

No obstante, Héctor comprobó que lo tuvieran bien abrochado y ese gesto me complació.

—¿Y tú? —me miró cuando me hube sentado en el asiento del copiloto—¿Estás preparada para pasar un día estupendo?

No sabía ni qué contestar, esa era la realidad. La presencia de Héctor me estaba aportando muchas cosas, pero me costaba trabajo dilucidar si estaba a gusto con él por cómo era o simplemente por su parecido con César. Fuera como fuese, no había duda de que yo me estaba dejando llevar un poco.

Llegamos al parque acuático y lo primero que hicieron fue ofrecernos una foto familiar. Los niños chillaron que sí querían y su tío, gustoso, le dijo al fotógrafo que procediera.

No es porque fueran míos, pero no podían ser más monos. Con sus bañadores verdes, haciendo juego con sus ojos, Epi y Blas estaban ideales y posaron con la mejor de sus sonrisas.

Después se despidieron del fotógrafo haciéndole la señal de la “v” con los ojos, en señal de que lo tenían fichado. Vaya dos personajetes que estaban hechos.

—¿Y esto cómo funciona? —me preguntó Héctor mirando a nuestro alrededor.

—Novato, ¿no sabes de lo que va? Va de que hoy vamos a estar a remojo como los garbanzos, todo el día, tú lo has querido...

Empezamos por la parte infantil y los niños se lo pasaron en grande corriendo entre el barco pirata, el pulpo que lanzaba agua y las calabazas que se vaciaban en lo alto de sus doradas cabecitas. Allí probaron también en las pistas blandas para los más pequeños.

—Vaya si son competitivos, qué pasada...—Héctor se los quedaba mirando mientras los dos hacían lo imposible para ganar al otro.

—Cosas de críos, se pasan el día compitiendo, aunque luego se adoran y no consienten que nadie le tosa a su hermano.

—Imagino, a César y a mí nos pasaba lo mismo. Recuerdo que en una ocasión se dio de puñetazos con cinco chicos de su edad que se estaban mofando de mí, por ser más pequeño. — César era tres años mayor que Héctor.

—No me extraña, tenía un sentido de la justicia que era de admirar.

—Sí, y encima mi padre lo castigó por llegar con un ojo morado. No pudo salir en una semana y era verano. Mira que yo le expliqué que había sido por defenderme a mí, pero no hubo manera.

—Es que, perdona que te diga, pero el sentido de la justicia no creo que precisamente lo heredara de tu padre. En realidad, más allá de ciertos rasgos físicos, tu padre y tu hermano se parecían como un huevo a una castaña.

Héctor se echó a reír y comprobé que su risa era también muy parecida a la de César, peligrosamente parecida diría yo. ¿Qué pasaba con mi cuñado que en pocos días estaba poniendo mi vida patas arriba?

Los niños iban y venían y enseguida nos propusieron bajar por los hinchables de mayores, a lo que accedimos. Yo bajé con Epi y Héctor con Blas. Después nos metimos en el “túnel oscuro” como lo llamaban ellos y, sin luces, cada uno podíamos escuchar los gritos del resto mientras aquellos hinchables nos llevaban camino del final del laberinto, hacia la luz...

Visualicé por un momento y pensé en el paralelismo que aquello presentaba con mi vida. Yo también había permanecido un tiempo en un túnel oscuro, al final del cual, por fin estaba viendo la luz.

Al bajar, todavía chorreando, mis limitas sordas me dijeron que ya estaban hambrientos y nos dirigimos con ellos a comer unas pizzas a uno de los restaurantes del recinto. Tras dar buena cuenta de ellas, nos pidieron un helado y Héctor fue a comprarles uno gigante.

Los churros de chocolate alcanzaban por igual a sus ojos y a su barbilla, se pusieron perdidos y, de esa guisa, con su tío en medio, les hice una foto que no dudé en enviarle a Andrea, quien se mostraba encantada de que pasáramos aquellas horas en familia.



La diversión no había hecho más que comenzar y, todavía sin reposar la comida nos fuimos hacia aquellas plataformas de lanzamiento de globos en la que hicimos dos equipos, cada adulto con un niño y donde lo pasamos bomba.

Aunque para bomba la que aquellos dos granujas nos tenían preparada pues, en un momento dado, echaron a reír y se perdieron entre la muchedumbre. Y lo más tremendo fue que cuando comenzamos a decir en alto sus nombres, la gente nos tomó por actores del parque que comenzaban una actuación.

—¡Epi! ¡Blas! —chillaba yo ignorando los cuchicheos y empezando a ponerme un poco nerviosa.

—No te preocupes que los encontramos, no han podido ir muy lejos. —Héctor se movió con rapidez por el parque e incluso alertó a varias de las personas que allí trabajaban.

Cinco minutos después yo empezaba a sentir mareos y me imaginaba cualquier clase de desgracia.

—¡Encuétralos, Héctor, por lo que más quieras! Son mis niños, yo no puedo estar sin ellos, lo comprendes, ¿verdad?

—Cómo no voy a comprenderlo, no te preocupes que te prometo que van a aparecer en un periquete.

Un poco después, los nombres de mis niños sonaban por megafonía.

“Atención, atención, se han perdido dos niños. Responden a los nombres de Epi y Blas, repito de Epi y Blas. No es ninguna broma, se llaman así, tienen tres años son rubios y llevan

bañador...”

Héctor salió corriendo y yo me quedé en el mismo lugar en el que estábamos, por si les daba por volver. Fue una voz familiar la que puso punto final a mi agónica espera.

—Creo que tengo lo que tú buscas. —Miré y vi a Sergio avanzar con mis dos niños.

—¿Sergio? ¿Eres tú?

—Creo que sí. —Se miró bromeando.

—Eres la última persona a la que esperaba encontrar en este lugar.

—¿Significa eso que también te alegras de verme? —Me sonrió ampliamente.

—Claro que me alegro, qué casualidad, ¿cómo es posible que estuvieras aquí y que los hayas encontrado tú?

—Lo de que estuviera aquí es casualidad total, lo de encontrarlos obedece a que me he dado patadas en el culo en cuanto he escuchado por megafonía que se habían perdido. Di tú que no hay otra pareja de hermanos que se llamen Epi y Blas en el mundo, vaya. —Se echó a reír y me contagió.

—Me ha gustado verte—le confesé.

—Y a mí, he venido con unos amigos, pero si os queréis unir...

—¡¡Epi, Blas!! —exclamó Héctor que los estaba viendo junto a mí mientras venía hacia nosotros.

—Yo es que he venido con...—murmuré.

—Entiendo, no sabía que estabas acompañada. Te dejo entonces....

Sergio saludó rápidamente a Héctor y se esfumó. Lo hizo más en señal de cortesía que otra cosa, bien pude verlo.

—Ha sido una casualidad total, mi amigo Sergio se ha enterado de...

—Sí, toda una suerte, ya los tenemos con nosotros...

—Creo que ha sido una labor de equipo. Y vosotros, niños, ¿se puede saber dónde diantres os habíais metido?

—Es que nos hemos escondido para daros un susto y luego, de la alegría, que os dierais un beso—confesaron moviendo los pies de aquella graciosa manera en que lo hacían cuando estaban ideando una de las suyas.

—¿Para que nos diéramos un beso? Yo no sé qué voy a hacer con vosotros...

—Un salmorejo, mamá, la abuela dice que hagas con nosotros un salmorejo, que a ti te gusta...

Sus desplantes no eran normales, aquellos dos enanos se habían empeñado en que nos diéramos un beso, en que nos hiciéramos novios y no sé en cuántas cosas más. Por mi parte, cada vez me sentía más a gusto con Héctor. Eso sí, la improvisada aparición de Sergio no me había dejado indiferente, pues me dio un cierto pellizquito en el estómago.

Héctor no daba crédito ante la travesura de los niños y se llevaba las manos a la cabeza en señal de que eran de aúpa. Bien se veía que también se había asustado.

El resto de la tarde pasó sin mayores sobresaltos, con gran emoción e ilusión por parte de los niños, que lo regaban todo con sus risas.

Al salir del parque, ambos se quedaron dormidos y Héctor insistió en subir a casa con nosotros para ayudarme a ducharlos y darles la cena. Los niños estaban pletóricos y en breve de nuevo espabilados, pues habían cargado las pilas por el camino.

Héctor se quedó hasta que estuvieron acostaditos y, en ese momento, nos quedamos mirándonos como dos bobos.

—Creo que debo irme, aunque lo cierto es que no me apetece—carraspeó.

—Creo que sí, que será mejor—murmuré aun reconociendo para mí que en el fondo deseaba que se quedara un ratito más...



## Capítulo 10

Lunes al mediodía y ya estábamos Celia y yo cerrando la corsetería cuando ella me hizo una señal de que mirara hacia atrás...

Lo hice y allí estaba Héctor, que venía con unas flores en la mano que me entregó, dejándome totalmente alucinada.

—¿Comes conmigo? Ayer te eché de menos...

—¿Me echaste de menos? —Héctor me había enviado un mensaje deseándome buen día por la mañana y los niños y yo pasamos el domingo con mis padres.

—Sí, te eché de menos. Hazme el favor, anda...

—Pero ¿y los niños? Tengo que ir a la guardería a recogerlos.

—Mi madre lo hará, le dije que si aceptabas estuviera pendiente para recogerlos...

—Siendo así, vale—asentí un poco asustada.

Camino del restaurante, Héctor iba de lo más atento. Incluso en ciertos momentos noté que hizo determinados movimientos para que sus manos rozaran las mías, como quien no quería la cosa.

También percibí cierto nerviosismo en él al llegar al restaurante, como si tuviera algo que confesarme:

—Gala, sé que apenas nos conocemos y que el hecho de que yo sea tu cuñado puede representar un hándicap para ti, pero quiero decirte que el poco tiempo que llevamos compartido hasta ahora me ha cambiado la vida. En cuanto a los niños, no sé ni qué decirte, esos bribones me han dado de lleno en el corazón y no puedo sacármelos. En días como ayer me doy cuenta de que lo que deseo es compartir el tiempo con vosotros, empiezo a sentirme incompleto cuando no os tengo cerca. En ellos he encontrado a unos hijos y en ti, creo haber encontrado a una maravillosa compañera de aventuras por la que sé que muy pronto voy a beber los vientos, si no los estoy bebiendo ya. ¿Me harías el honor de dejar que intentara enamorarte? Te prometo que no te arrepentirás.

Menos mal que ya habíamos pedido la bebida porque me atraganté. Lo miré fijamente y me dije a mí misma que no se me iba a presentar otra oportunidad como aquella en la vida. Héctor no solo era un hombre guapísimo y con un cuerpo escultural, como César, sino que además parecía estar revestido de todos esos atributos que me hicieron enamorarme de mi marido.

Para más inri, los niños estaban locos con él y cuando nos acompañaba parecía como si el tiempo se hubiese detenido y aquello no hubiese cambiado, como si todo siguiera donde estaba, en paz y en orden, y César continuara con nosotros.

Sopesé en unos segundos los pros y los contras y no tardé en decirle que sí; quería intentar una vida con él, quería que todo volviera a ser como antes, quería amar y sentirme amada y que ambos les diéramos a Epi y a Blas el respaldo que merecían.

De lo más emocionada, llegué a la corsetería, pues habíamos quedado en hacer un pedido aquella tarde, y me abracé a Celia.

—No puedo estar más contenta por ti, nena, de veras. Eso sí, no se me puede olvidar decirte

que ha estado aquí Sergio y me ha dicho que es de vital importancia que le veas. Vendrá en una hora, le dije que esta tarde sí estarías por aquí.

—¿Sergio? Mira que me extraña, ¿por qué quiere verme y no me ha llamado por teléfono?

—No lo sé, pero me ha insistido en que es fundamental, se le veía francamente preocupado, yo de ti hablaría con él.

Una hora después Sergio entró por la corsetería y yo no pude evitar sentir que, en cierto modo, había traicionado en parte aquello que parecía estar naciendo entre nosotros antes de la llegada de Héctor a mi vida.

Salí con él camino de una cafetería cercana y no tardó en despacharse a gusto.

—Gala, no sé qué intenciones lleva Héctor para contigo, pero no me gustan—me espetó.

—¿Cómo que no te gustan?

Vale, vale, ya veía yo lo que estaba pasando allí. Sergio sentía celos de Héctor y razón no le faltaba. Él me había dejado entrever sus sentimientos días atrás y encontrarme acompañada de Héctor en el parque acuático no debió hacerle ni chispa de gracia.

—Pues que hay algo oscuro en Héctor, créeme.

—Si no te explicas mejor, difícilmente, ¿no crees?



—No sé, me crucé con él en el parque acuático, un rato después de verte a ti y a los niños, estaba entrando en el servicio y debía hablar con su padre.

—¿Y qué tiene de particular que hable con su padre? Vale que es un impresentable, pero de ahí a no mirarle a la cara va un abismo, ¿no te parece?

—Lo que a mí me parece es que esos dos traman algo y lo traman con respecto a ti, fijate.

Resoplé porque Sergio no me estaba poniendo las cosas fáciles. Precisamente ahora que Héctor había entrado como un soplo de aire fresco en mi vida, venía Sergio y lo fastidiaba todo. No estaba dispuesta a consentírselo, esa era la realidad, así que se lo dejé claro.

—Sergio, me vas a perdonar, pero a lo que tú tienes en mi pueblo se le llama un ataque de celos.

—Ya, o de cuernos, ¿no? Bonita manera de confiar en un amigo, poniendo en tela de juicio lo que te estoy diciendo. ¿De verdad crees que estoy arrimando el ascua a mi sardina? ¿Tan mezquino me crees?

—No te creo mezquino y sabes que te quiero mucho, pero da la casualidad de que Héctor me ha ofrecido comenzar un proyecto de vida en común, cosa que parece que tú ya veías venir, y ahora me sales con esto. Huele a que quieres boicotear la relación y no te niego que sea humano, pero no me gusta. Me parece muy feo por tu parte, Sergio. Y ahora, si no te importa, me gustaría volver a la corsetería y hacer como si esta conversación nunca se hubiera producido.

—No te preocupes que así será y, de paso, puedes pensar también que nunca has tenido un mejor amigo, porque si esta es la confianza que tú me tienes, no somos el tipo de amigos que yo creía.

Sergio se levantó, pagó las consumiciones y, girando sobre sus talones, salió del local. Yo entendía que estaba despechado y que para él había sido un golpe difícil de encajar el que yo estuviera con Héctor. Me dolió su marcha, si dijera lo contrario mentiría. Todavía no se había ido y yo ya lo estaba echando de menos. Sergio siempre había estado en mi vida y era una de esas piezas de ajedrez de las que no quieres prescindir.

Cabizbaja, recogí a los niños en casa de mis suegros.

—Ya estoy aquí, cariño—le dije al ver a Andrea, dándole un beso en la cara.

—Y yo que me alegro, mi niña, pasa que tenemos que hablar. Estoy sola.

Pasé al salón y de sobra entendí por sus palabras que algo grave se estaba cocinando allí. Los niños revoloteaban por el jardín y sus gritos inundaban todas las estancias de la casa.

—Gala, necesito preguntarte algo, ¿Héctor te ha abierto su corazón?

—Sí, Andrea, justo venía a contártelo, ¿no te parece emocionante?

—No hija, por desgracia no es emocionante lo que me parece, sino más bien decepcionante.

—Pero Andrea, yo creí que te alegrarías de seguir teniéndome en la familia, creí que eras una de las principales interesadas.

—Y así sería si no acabara de enterarme, por una conversación que he escuchado a escondidas entre mi marido y mi hijo, que su ofrecimiento obedece a un plan urdido por ambos.

—¿Un plan? ¿De qué me hablas?

—Ya sabes que Epifanio considera suyo el dinero que heredaste de César, pues dice que todo ha salido de su clínica.

—Como si César no lo hubiera trabajado...

—Sí, hija, justamente...

—¿Y entonces? —Me sentía más desconcertada que en ningún otro momento de mi vida.

—Entonces el muy desgraciado le ha propuesto que te embauque para, una vez en tu vida, intentar que hasta el último de esos euros vuelva a quedar en el patrimonio familiar. Y mi hijo Héctor, por desgracia, no tiene los valores con los que contaba César.

—Como si yo fuera a tirar todo ese dinero en lugar de utilizarlo para ofrecerle un buen futuro a mis hijos.

—Sé que ahora mismo estás en shock, pero yo te voy a ayudar en todo. Me da igual que el sol salga por Antequera, manda a la mierda a mi hijo y dile los motivos por los que lo haces.

—No te quepa duda de que lo haré, cariño, no te quepa duda...

Salí de allí con mis hijos de las manos y luchando por contener las lágrimas dentro de los ojos. Demasiado doloroso todo lo que estaba ocurriendo, un auténtico horror...

Al llegar a casa, me encerré en mi dormitorio y llamé a Héctor, al cual le advertí que no quería volver a ver en todo lo que me quedaba de vida. Tampoco, pese a todas las implicaciones que ello suponía, quería que volviera a ver a mis hijos, a quien había intentado dejar en la más cochina de las miserias.

Caí a plomo en la cama aquella aciaga noche en la que no podía quitarme de la cabeza que la intuición de Sergio era buena y que yo le había formado una buena zapatista solo por insinuar que Héctor no era de fiar. La habitación me daba vueltas y más vueltas, las mismas que había dado mi vida en los últimos tiempos. ¿Sería aquella una pesadilla de la que despertaría en pocas horas?

## Capítulo 11

Una semana había pasado desde que aquel horrible descubrimiento por parte de Andrea hubiera vuelto a sacudir mi vida como un huracán. Una semana en la que no pude dejar de pensar ni un solo momento en Sergio, el hombre que había tratado de llegar poco a poco a mi corazón y al que yo había despedido con cajas destempladas.

Celia me veía llegar a la corsetería taciturna y melancólica y cada día me repetía varias veces que tenía que llamarlo. Entonces yo cogía el teléfono y me armaba de valor. Pero luego ese valor no tardaba en abandonarme y colgaba, dejando que el miedo me dominara.

Hasta que llegó el día en que me planté y me dije que la vida era de los valientes y que Sergio bien merecía que yo le demostrara que estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para que estuviéramos juntos. Y tragarme mi orgullo entraba en ese “lo que hiciera falta”.

Por suerte, el día que me decidí a hacerlo, él descolgó el teléfono y, tan pronto como supo que ya no estaba con Héctor, me citó para cenar dos días después. No atisé un ápice de reproche en sus labios y ahora había llegado el esperado reencuentro...

No entendía cómo había podido estar tan ciega, cómo me había dejado embaucar por un sinvergüenza del calibre de Héctor, pero tenía que olvidarme del asunto y centrarme en las horas que se me presentaban por delante con Sergio. ¿Cómo había podido ser tan imbécil?

Si algo me aliviaba era pensar que algo de lógica sí que tenía aquello, puesto que su parentesco con César me nubló el sentido. ¿Quién iba a imaginar que lo que deseaba era enredar para luego desplumar a la viuda de su hermano? Por Dios que me estaba dando una fatiguita que no iba a tardar en necesitar coger el baño como lo siguiera pensando.

Y encima, para conseguir su deleznable propósito, no le habían dolido prendas en acercarse a sus sobrinos, intentando ganarse su favor y cariño. Eso sí que me hacía daño y que propiciaba que yo no quisiera volver a ver a esa sabandija en lo que me quedara de vida.

Menos mal que todo parecía estar aclarado y que Sergio me había perdonado. Ahora lo veía claro, él era el hombre que siempre estuvo en la sombra, queriéndome en silencio cuando César vivía e intentando ayudarme cuando sintió que yo estaba en peligro por culpa de Héctor. Y yo apartándolo de mi lado y calificándolo a él de oportunista... ¡a él! Mejor que Dios me conservara el oído porque, en lo tocante a la vista, yo la tenía fatal.

Y es que, por más que volviera a ello una y otra vez, no me entraba en la cabeza que Héctor solo persiguiera mi dinero...

Sería que tendría mil faltas, pero nunca había sido interesada y eso no me dejaba ver que sí que había otras muchísimas personas que nada más que se movían por el vil metal. En fin... Aunque trataba de serenarme repitiéndome que no había nada por lo que me tuviera que preocupar, estaba nerviosa. Mucho más que eso. Parecía un flan.

Era la primera vez que me iba a encontrar cara a cara con Sergio después de todo lo ocurrido y mis piernas temblaban que daba gusto. ¿Seguiría percibiendo la mirada de aquel Sergio solícito y entregado que finalmente había sido capaz de colarse de lleno en mi corazón?

Sabía que parte de mi nerviosismo se debía al temor de que algo no saliera bien y echara a perder esa noche que ya había vivido mil veces en mi mente desde que él me la propusiera. Por otro lado, sentía una vergüenza horrorosa al pensar en este otro hombre, mi hasta ahora querido amigo del alma, tan distinto a aquel pájaro, con esa naturalidad, esa transparencia, esos modales tan caballerosos... ese que había quedado conmigo en pasar a recogerme a las nueve de la noche. A las nueve clavadas, porque lo de la puntualidad entraba en el saco de sus virtudes también.

Por mucho que echara la vista atrás, no podía recordar ninguna ocasión en la que Sergio me hubiera dejado tirada o hubiera sido, simplemente, impuntual. Y, si él sentía la mitad de los nervios que se habían alojado en mi estómago ese día, nada ni nadie iba a hacer que no nos viéramos en el momento y lugar acordados. De hecho, algo me decía que no tenía la mitad, sino al menos los mismos.

Se acabó, no pensaba perder ni un minuto más comiéndome el coco dándole vueltas al tema. Solo debía centrarme en qué ponerme para estar impresionante. Y ahora entendía mejor que nunca a la Niña Pastori cuando cantaba aquello de *“Échame una mano, prima, que viene mi novio a verme y estoy tan nerviosa que no sé qué vestío ponerme...”* Bueno, nosotros no éramos novios, pero esta cita me hacía sentirme como si lo fuéramos.

Bueno, novios, pareja o como diablos se llame a dos personas que quieren comenzar una historia, viniendo una de ellas de algo tan complicado como de lo que yo acababa de salir.

Por el peinado ya no tenía que preocuparme. Nani, mi peluquera, me conocía bien y, en cuanto me senté en el sillón y le dije que me pusiera guapa para cenar con un chico súper interesante, echó mano de los peines y dio del tirón en el clavo con mi idea sin que tuviese que darle más explicaciones.

Con mi melena lisa, unos bucles por delante marcados con la pinza y tres o cuatro horquillas agarrando con gracia algunos mechones en lo alto, me dejó la mar de mona. La verdad es que podía ponerme cualquier vestido largo escotado de los que tengo en el armario. ¡Ya está! Me pondría el negro con el volante por abajo y los tacones plateados con el bolso a juego, que todo el mundo me dijo que estaba sensacional la última vez que me vestí así...

¿Sería demasiado atrevido? No, no tenía que pensar en eso. Sergio y yo habíamos puesto las cartas sobre la mesa y yo quería gustarle...

“Quería gustarle”, qué tontería, en el fondo sabía que llevaba bastante tiempo gustándole,

ahora lo que quería era que se enamorara de mí, ¿o eso también lo había logrado ya? Mi autoestima no estaba tan alta como para pensar que ya lo tenía en el bote, pero quería confiar en que lo que iba a surgir entre nosotros sería puro y cristalino, como el agua.

A las nueve menos cuarto, después de darme un buen baño caliente con sales para relajarme y vestirme, ya estaba lista. En el reloj comenzaba la cuenta atrás y para mí se iban terminando también las últimas contemplaciones ante el espejo. Tampoco me hacían falta ya, porque dicen que no hay maquillaje más bello que la sonrisa y yo llevaba en mi cara ambas cosas.

Por otra parte, me daba tranquilidad el saber que los niños estaban en casa de mis padres, que ya estarían dormiditos a la hora en que yo pululara por ahí con Sergio de la mano, pasando una noche de ensueño. Para mí no había nada más importante que el hecho de encontrar el encaje perfecto para todos en aquella historia, pero cada día tenía más fe en que así sería.

Asomada a la ventana, vi un Seat León negro igual que el suyo doblar despacito la esquina. ¿Podía ser? Lo era, ya que se paró en doble fila y casi acto seguido me sonó un mensaje.

“Hola, cielo. Estoy abajo. He llegado un poco antes, así que no te preocupes. Termina tranquila y baja cuando puedas”

¿Tranquila? Lo que no sé es cómo no me caí por las escaleras y llegué hasta abajo rodando, porque con las prisas no tuve paciencia ni para esperar a que el ascensor subiera hasta mi planta.

A medida que me acercaba al coche, sentí cómo el temblor de todo mi cuerpo iba aumentando. Me esperó fuera, pero la mirada que me recorrió por entera de arriba abajo y viceversa antes de soltarme que estaba preciosa me dijo que mi esfuerzo había merecido la pena, que bastaba ya de nervios y que la noche era nuestra, que tocaba disfrutar al máximo.

Le pregunté que dónde íbamos, pero se llevó un dedo a los labios a modo de gesto de que



guardara silencio, con lo que entendí que no debía hacer más preguntas, tan solo dejarme llevar... Esa sería mi siguiente asignatura pendiente, la de dejarme llevar, pues había permanecido demasiado tiempo en dique seco. Era hora de dejar que las mariposas que sentía en el estómago revolotearan a placer, era hora de abrirme a la vida, era hora de concederme una segunda y maravillosa oportunidad.

Llegando a la plaza de Castilla, no sé por qué me figuré ya el sitio. Bueno, sí, en cierta ocasión hablamos de él por casualidad y le dije que era un restaurante que me encantaba. Y no, no me equivoqué. Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos entrando de la mano por el recibidor del asador La Tahona.

Un camarero nos salió al paso para comprobar la reserva y a continuación nos condujo a uno de los salones más bonitos del local, una especie de castillo medieval por dentro. Cuando nos dejó a solas en una mesa redonda, me sentí como una verdadera princesa de cuento, al punto de que en adelante no pude centrarme nada más que en lo que mis oídos le oían decir.

Ni el asado ni el exquisito vino con que brindamos un par de veces por nosotros me llamaron la atención siquiera, y es que su presencia me hipnotizó. Tan atractiva era su apariencia como lo que había detrás de ella.

Ahí residía su verdadera belleza para mí, porque le conocía desde hacía tiempo y sabía que era un hombre leal en toda la extensión de la palabra. Me inspiraba tanta confianza que sabía que podía hablarle de cualquier tema sin ningún tipo de reservas; sentía que cualquier confidencia que le hiciera estaría a buen recaudo. Y me constaba que muchas veces pecaba de ingenua y me la daban con queso, pero en esta ocasión creía que no me estaba equivocando. No podía ser así con alguien que desprendía tanta dulzura al hablar y que siempre tenía a mano un buen consejo, aunque no se lo hubiera pedido.

—Sé que te debo una disculpa y que ni por asomo he estado a la altura de las circunstancias, no sé ni por dónde empezar...

—No tienes que decir nada, princesa...—Se ve que él también había captado el rol que yo sentía en tan peculiar lugar.

—Sergio, yo... aquella tarde me ahogué. Y luego, antes de que pudiera tener nada claro, Héctor llegó a mi vida y me pareció...

—Te pareció lo mejor para que los niños siguieran teniendo en su vida a una parte de su padre. E incluso también para que algo de lo tuyo con César pudiera seguir vivo, es muy lícito y yo puedo entenderlo.

—¿De verdad que lo entiendes? Tú siempre has estado ahí, queriéndome y protegiéndome. Y cuando más volcado estabas, llego yo y te doy un hachazo.

—Bueno, me has hecho más fuerte. Ya sabes, lo que no te mata... —Sonrió y esa sonrisa me invitó a perderme en ella. Es más, me invitó a pecar. Tenía ganas de probar sus labios, de pensar que volvíamos a aquel punto en el que en una ocasión estuvimos a punto de besarnos y el azar quiso que ese beso quedara en el baúl de “lo que pudo ser y no fue...”

Cambié el tercio, el simple hecho de conversar con él ya fue un auténtico placer, pero disfruté más aún con la boca cerrada y limitándome a escucharle porque me mostró con total transparencia su particular percepción de la vida y de las personas. A juzgar por sus palabras, no me guardaba ningún rencor por haberme mostrado distante durante los días que permanecí casi a la merced de Héctor, porque así fue como el crápula de mi cuñado me tuvo, aprovechándose de mi vulnerabilidad.

Sergio me habló de todo y más mientras sus ojos me devoraron y su mano se posó en la mía de tanto en tanto; de decepciones con determinadas amistades, de asuntos de trabajo, de cabales formas de actuación por parte suya cuando una relación sentimental o del tipo que fuera terminaba... Todo lo que salía de sus labios dejaba ver a las claras la fragilidad y la ternura de un

alma que ponía la guinda a un físico de infarto.

La noche en conjunto fue una especie de embriagador cóctel de ilusión y curiosidad que terminó con un beso tan deseado como necesitado por ambos, antes de bajarme del coche y enfilarse hacia mi portal cuando me llevó de vuelta a casa. Pero mi cuento no acababa ahí, y es que la emoción de las horas compartidas con Sergio, me seguía escaleras arriba...

Antes de caer rendida en brazos de Morfeo, me prometí a mí misma que nunca más volvería a ser cobarde y que a partir de ahora seguiría los dictados de mi corazón. Había quedado con Sergio para el día siguiente y ya estaba contando las horas, los minutos y los segundos...



## Capítulo 12

Algo me decía que la vida con Sergio no iba a tener nada de complicada y así me lo demostró desde el día siguiente a nuestro encuentro, en el que empezamos a conocernos de verdad como pareja; ambos con la certeza de que no habíamos podido hacer una mejor elección.

Dos semanas después de nuestra cena en el asador yo disfrutaba de las mieles de los comienzos en el amor, cuando un revolotear de mariposas se instala en tu día a día y ocupan tanto sitio que apenas tienes ganas de probar bocado, de lo emocionada que estás.

En cuanto a los niños, yo les expliqué que el tío Héctor iba a estar muy ocupado por trabajo durante una temporada y enseguida vieron en Sergio a esa persona que les acompañaba en su día a día, desviviéndose en atenciones con ellos y derrochando cariño a raudales.

Hasta mis padres me decían que Sergio les estaba haciendo mucho bien y que parecía el hombre ideal para complementar nuestras vidas por lo que, con la certeza que solo los valientes tienen de que todo va a salir bien, comenzamos a construir una preciosa relación desde los más sólidos cimientos.

Esperaba aquel episodio con una emoción difícil de describir con palabras. Sergio me había propuesto pasar un fin de semana lejos en algún lugar perdido entre montañas y por supuesto que acepté sin pensármelo ni mucho ni poco.

De manera que nos pusimos manos a la obra y elegimos sobre la marcha y casi al azar un hotelito rural por Internet, de esos pequeñitos, todo de madera, con pocas habitaciones, pero a cual más encantadora.

La nuestra tenía una cama de dos metros de ancho y un cuarto de baño completo con un jacuzzi

que, según vi en las fotografías, desató mi imaginación, y es que ya me veía dentro junto a él, con la espuma rebosando, las burbujas, un par de copas de champagne y la suave música árabe que tanto nos gustaba a los dos sonando de fondo y poniendo el broche a la idílica estampa.

Hacia algo más de un par de horas que habíamos caído por allí, el tiempo justo de registrarnos, subir el equipaje, darnos una ducha por separado y bajar a comer algo, porque eran casi las seis de la tarde cuando alcanzamos aquel lugar paradisíaco con el estómago vacío, y es que él es de esas personas que cuando cogen el coche no paran hasta llegar a su destino.

Tomamos algo ligero y nos enfrascamos en una de nuestras habituales conversaciones que parecían nunca tener fin, pero el tiempo iba corriendo en el reloj. Por tanto, le pedí que me dejase a solas un buen rato para arreglarme, de modo que cogió la llave sin rechistar y se fue a dar una vuelta por el pueblo más cercano, que estaba como a un kilómetro de distancia.

Cuando subí al dormitorio, no paraba de repetirme para mis adentros que todo iba sobre ruedas, que eran unas horas mágicas en las que todo iba a salir perfecto, sin imaginar que la realidad superaría con creces a la ficción en aquel episodio.

Sobre la mesita de noche, una rosa roja simbolizaba la pasión que nos venía uniendo desde hacía tiempo y que no tenía visos de extinguirse. El calor de las pequeñas llamas de las velitas encendidas sobre el tocador iba caldeando poco a poco el ambiente de un escenario que en breve ardería por completo.

Bendita la locura y bendito el desenfreno que me empujaba a querer sentirme reina entre sus brazos y dueña de su cuerpo en aquella coqueta habitación en penumbras, apartada del mundanal ruido y del ajetreo cotidiano.

Tampoco tengo palabras para describir lo que sentía momentos antes de que abriese sigilosamente la puerta, dando el pistoletazo de salida a tan deseada función. Deseada por mí y por él, aunque sus exquisitos modales no le permitían confesármelo tal cual lo sentía, abiertamente

cara a cara.

Pero la propuesta del fin de semana había sido una forma fina, conforme a su estilo, de darme a entender que se moría de ganas al igual que yo. Cuando le oí entrar, aún seguía en el baño dándome los últimos retoques con el pintalabios, preparada ya con mi picardías de encaje negro y unos zapatos rojos de charol de esos que quitan el hipo.

Curiosamente, el deseo volvió a dar paso al nerviosismo entre aquellas cuatro paredes de baldosas que, llegada la hora, temía abandonar, pero escuchar su voz aterciopelada me tranquilizó de algún modo. Solo de algún modo...

—Cielo, ¿estás ahí?

—Sí, un segundo, enseguida salgo —le contesté.

—Tranquila, no hay prisa...

Lo de que no había prisa me hizo gracia. El caso es que el pasillito que mediaba entre el baño y el dormitorio se me hizo eterno. Me costaba dominar mis tacones, algo extraño en mí, que estoy habituada a controlarlos perfectamente en cualquier situación, ya sea andando, corriendo, bailando o dando brincos.

Me esperaba de pie junto al radiador de debajo del ventanal que daba a la sierra, y esa vez no tuvo ni que abrir la boca para dejarme claro el impacto que le causé al verme aparecer de aquella guisa.

Nuevamente había conseguido dejarle boquiabierto, para orgullo de esta que habla. Me quedé allí clavada en el suelo y dejé que fuese él quien se acercase a mí. Los ojos de Sergio lo decían todo, e imagino que los míos igual.

Tenía ante mí un mundo de indescriptibles sensaciones; la hechizante visión del rosa de su camisa, con unos puños desabrochados que preludiaban su desnudez a corto plazo. El sutil olor de un perfume que me elevaba a las cumbres más altas de los volcanes. La música del móvil, que me empujaba al descontrol y a la lujuria, que me tentaba, que me envolvía, que encendía aún más mis ganas y aceleraba mi respiración y mi pulso...

El hombre de mis sueños se me acercó lentamente extendiendo los brazos y, cuando me tuvo a un palmo, me rodeó con uno de ellos por la cintura, mientras con el otro atrajo mi cabeza a la suya para depositar en mis labios un piquito al que siguió un beso en toda regla que hizo temblar ya hasta mi gargantilla y mis pendientes de monedas en cascada.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos con aquella entrega por ambas partes. Solo sé que cuando al fin nos separamos y me tomó de la mano para acercarme a la cama ya se habían evaporado todos mis temores como por arte de magia.

Era una noche regada de deseo y expectación en la que nos fuimos dejando arrastrar por el embrujo de una luna llena que se asomaba con disimulo por la ventana para no perderse detalle. Hasta las aves nocturnas se dejaron caer por allí cerca con sus graznidos.

Recuerdo de qué forma se me erizó la piel de repente cuando, ya tumbados, una de sus manos se metió por debajo de mi picardías y empezó a subir suavemente por mi costado para terminar acariciando mis pechos con la elegancia y la dulzura que le caracterizan. Aquella maniobra terminó desatándome por completo.

Y aquella cama puede dar fe de lo que es amor y ganas en mayúsculas. En aquella cama disfrutamos hasta la saciedad, quitándonos el uno al otro todas y cada una de las prendas de ropa que llevábamos puesta entre un millar de besos y caricias.

Aquella cama es testigo de momentos de silencio, de gemidos, de gritos puntuales, de miradas



tiernas, de miradas libidinosas... de todo, hasta caer exhaustos y abandonarnos al sueño casi al amanecer, con los cuerpos entrelazados sobre un colchón del que brotaron chispas durante horas. Aquella cama coronó nuestro gran sueño...

## Capítulo 13

El otoño llegó y con la caída de las hojas de los árboles Sergio y yo vimos que nuestra relación se estaba afianzando. En el mes de noviembre y antes de las entrañables fechas de las Navidades nos pareció que había llegado el momento de comenzar a convivir, por lo que él se trasladó a nuestro ático.

Tan contentos estábamos con la idea que decidimos hacer una fiestecita en casa para festejarlo. Sería algo íntimo; mis padres, los de Sergio, su hermana Sara, Celia, Kike y los niños.

Los niños... Epi y Blas no hablaban más que maravillas de Sergio y lo tenían todo el día en la boca. En septiembre, y de lo más orgullosos, empezaron a ir al cole.

Un día, de buenas a primeras, le sorprendieron llamándole papá y él, con lágrimas en los ojos, los abrazó durante unos interminables minutos. Después los niños le explicaron que habían decidido que fuera su segundo papá, porque el primero estaba en el cielo. Cuando llegué y me lo contaron estuve no sé cuánto rato llorando y los peques me decían que tenía que reír y no llorar, que era algo alegre, ¡cuánta razón tenían, pero es que la emoción me podía!

La presencia de Sergio me hizo mucho más llevadera la vida cotidiana, en la que nos repartimos a la perfección las tareas con los niños, cenas, compras y demás. En nada se diferenciaba su actitud de la de un padre y además pasaba horas y horas jugando con los niños. Yo no podía imaginar de dónde sacaba tanta vitalidad, todo sea dicho.

Durante los fines de semana llevábamos a cabo todas aquellas actividades que no podíamos el resto de los días y solíamos ir al cine, pasar largos ratos en el parque, visitar a todos los abuelos (incluida Andrea a la que solíamos citar en territorio neutral) y un sinfín de actividades que entusiasmaban a los peques.

La hora de dormir era capítulo aparte, porque ahí ambos le daban a Sergio más coba que a un chino. Primero le rogaban que les leyera un cuento, para después seguir por otro, por otro y por otro más. Al final tenía que intervenir yo para poner un poco de orden y jugábamos a poli bueno y poli malo.

Los niños se desarrollaban fuertes y felices en el mejor de los ambientes y yo tenía mucho que agradecerle a Sergio en ese sentido. Mi actitud también había cambiado por completo, y aunque sabía que el recuerdo de César siempre continuaría latente en mí, comencé a dar gracias a la vida por haberme dado tanto, por permitirme disfrutar de nuevo de un hombre tan entregado como era Sergio.

El día en el que íbamos a celebrar la fiesta en casa, los niños estaban especialmente alborotados.

—¿Necesitas algo? —me preguntó Celia por teléfono al mediodía.

—Pues sí, estoy rifando dos angelotes rubios, necesitaría que te quedaras con todos los boletos...

—Quita, quita, que yo no quiero ni la responsabilidad de una maceta, cuanto y más...—Reía ella.

Tenía la suerte de seguir contando con mi amiga como socia en las mismas condiciones, por lo que las tardes, desde el punto y hora que Sergio llegaba a casa, las vivíamos en plan familiar.

Cara a la fiesta, y dado que estaban tan nerviosos que parecían cuatro niños en vez de dos, les dimos alguna responsabilidad a los peques, ayudándonos a poner la mesa.

Un par de horas antes de la convenida, me quedé boquiabierta con el vestido largo rojo de fiesta que vi sobre mi cama, acompañado de unas sandalias doradas de infarto, regalo de Sergio.

Ni que decir tiene que yo lo acompañaría con uno de aquellos conjuntos de mi corsetería que lo dejaban literalmente hipnotizado, pero la sola visión del vestido me obnubiló.

—Es una ocasión especial, amor, no todos los días se va uno a vivir con su pareja.

—Tienes razón, cariño...

Después de arreglarme el pelo y salir divina con aquel vestido, mi sorpresa fue mayúscula al ver a Sergio y a los niños luciendo aquellos trajes oscuros, todos con corbatas rojas, a juego con mi traje.

—¡¡¡Aquí hay gato encerrado!!! —exclamé cuando llamaron a la puerta y vi que todos los nuestros venían de la misma guisa.

—¿Tú crees? Ni que fuéramos a una boda—bromeó Sergio—. Por cierto, ya que estamos todos, y hablando de bodas, te quería proponer, así como quien no quiere la cosa, que te casaras conmigo, amor mío.

Los finos tacones de mis sandalias apenas me sostenían...

—¡Tenías que haber esperado a que se hubiera sentado! —exclamó Celia.

Y eso hice, sentarme, abrir aquella elegante cajita que Sergio me puso por delante y sacar de

ella un anillo de compromiso que, más que estar hecho para mi dedo, parecía estarlo para mi corazón.

Rutilante, miré a los gemelos y ambos asintieron con la cabeza, entre risas. Mis niños eran la misma imagen de la felicidad y parte de ella se la debía a Sergio, así como de la mía, que se escapaba por todos y cada uno de los poros de mi piel.

—¡¡Sí, quiero!! —chillé como haciendo las prácticas de las palabras que habría de decir el día en el que nos convirtiéramos en marido y mujer.

—¡Que se besen, que se besen! —coreaban los gemelos con su gracejo característico.

...Y nos besamos, y mis males se espantaron y la alegría volvió a todos y cada uno de los rincones de mi ser. Sergio era ese hombre que había sabido alumbrar mi corazón, un corazón que un día se ensombreció y que ahora volvía a latir con fuerza.

Mientras nos besábamos, sentí que la felicidad volvía a aliarse conmigo, que aquel era un sueño, pero muy real...



## Capítulo 14

Parecía que no iba a llegar, pero llegó. La mañana de nuestra boda amaneció tranquila, con un sol radiante de mayo que habría de poner el broche a aquel día primaveral señalado en el calendario. Poco podíamos imaginarnos la broma que el astro rey nos tenía preparada...

Despertamos en el Rocío. Sí, por extraño que suene, íbamos a casarnos allí. Yo tampoco me hubiera imaginado nunca que, en caso de volver a contraer matrimonio alguna vez, lo hiciera en un escenario semejante, y menos tan lejos de Madrid, pero todo tiene su explicación...

La madre de Sergio es hija de rocieros de cuna, con lo cual ella está bastante familiarizada con la aldea y lo que es su ambiente. De hecho, pertenece a la Hermandad del Rocío de Madrid desde que era niña y acude todos los años a la gran romería; un lujo cuando se trata de alojarse allí durante una semana en esas fechas según encarecen los precios, a pesar de tratarse de un humilde pueblecito. Las fiestas de ese calibre es lo que tienen.

Pero en su caso es distinto porque la mujer heredó en su día la casa paterna. Evidentemente, no era una herencia exclusiva sino a medias con su hermano Andrés. Como quiera que fuera, pensaron que lo mejor sería conservarla para el uso y disfrute de ambos cuando se terciara, aunque en muchas ocasiones la alquilan y le sacan su buen dinerillo.

La cuestión es que, al parecer, siempre les había dicho a sus hijos que nada le haría tanta ilusión en esta vida como que se casaran en la célebre ermita con ella por madrina ante el altar. Al menos uno de los dos. Y me tocó a mí, claro, pues menuda es mi cuñada Sara, la hermana de Sergio, de lo más vergonzosa para estos saraos.

Recuerdo la tarde en que Sergio, con todo el corte del mundo porque no sabía cuál iba a ser mi reacción, me lo expuso mientras tomábamos un helado en una terraza junto al estanque del parque del Retiro.

Me quedé de piedra, a medias entre la sorpresa por lo inesperado del asunto y la imagen que de repente se me vino a la cabeza, llegando al lugar en cuestión montada en un coche de caballos y con los tamborileros esperándome en la puerta. ¡Yo de protagonista de una boda rociera! Ver para

creer...

Con las cosas así, no pude negarme. Me unía una relación muy especial con mi suegra como para no darle ese capricho. Además, ¿qué importaba el sitio? Iba a casarme con el hombre con que toda mujer sueña, de manera que ese mismo chico no tuvo que insistirme para nada.

Le dije que sí, con lo cual conseguí una sonrisa en su boca y tal brillo en sus ojos que pensé que en cualquier momento se echaría a llorar de pura emoción. A partir de ahí comenzamos con los preparativos, que no eran pocos. Vestidos, invitaciones, concertar el banquete con algún sitio chachi por los alrededores...

Lo del hospedaje no era problema, pues mi suegra, al saber que íbamos a darle ese gusto, enseguida pensó que para los que éramos tendríamos cabida en la casa del pueblo. Sí, sería una boda glamurosa, pero con pocos invitados, los miembros de la familia más cercanos más un puñado de amigos íntimos entre los que no podían faltar Celia y Kike, o sea, unos treinta y cinco más o menos.

Para quien no conozca el Rocío puede sonar extraño, pero las casas de esa pequeña aldea vienen a ser todas por el estilo, es decir, como cortijos de grandes, todas ellas con bastantes baños y ocho, nueve o diez habitaciones. Algunas con unos cuantos más y, por supuesto, con sus pertinentes cuadras para mulos y caballos.

En el caso de esta donde habríamos de convivir desde la víspera como en el camarote de los hermanos Marx, eran doce dormitorios, la mayoría de ellos con un par de literas. Vamos, que camas no faltaron, pero jaleos tampoco.

Los últimos días previos al enlace fueron un auténtico caos, pero pasaron como pasa todo en esta vida. Cuando abrí los ojos por la mañana, Epi y Blas seguían dormiditos cuales angelitos en las camas contiguas a la mía. Dicen que el novio no puede ver a la novia antes de la boda y yo me lo había tomado al pie de la letra, así que me negué a dormir esa noche con Sergio.

Él había ido a parar a no sé qué habitación siquiera. Bastante tenía yo con domar a mis dos fierecillas de cuatro años para que se durmieran pronto y amanecieran tranquilos y no me armaran una de las suyas. Pero la cabra tira al monte, aunque en este caso no puedo decir que lo que pasó fuera una travesura de tantas, sino un “accidente”.



La cita en la ermita era a las seis de la tarde y la peluquera, una chavalita lugareña conocida de la familia, vendría a peinarme y maquillarme a las cuatro. Todo estaba controlado. Mi vestido, blanco inmaculado y de corte flamenco con volantes desde la cintura, lucía radiante en una percha colgada de una de las vigas del techo. Debajo, en el suelo, descansaban mis zapatos cerrados, forrados con la misma tela.

Del tocado se encargaría Celia, y es que ella vino en su momento a comprarlo conmigo en una tienda de novias en Madrid, pero viéndome con el agobio por tantas cosas como debía trasladar para el evento hasta ese rincón sureño se ofreció a echarme una mano. Yo no quería el clásico velo. Ni me gustaba ni me parecía que pegase mucho, la verdad.

Los niños se despertaron muertos de hambre como siempre. Yo no tenía ninguna, aunque me vestí con idea de llevarlos a desayunar a la macro cocina. Justo al abrir la puerta me topé con Miriam, una prima de Sergio que quiso hacerse cargo de ellos para que yo no me preocupase por nada. Hasta ahí todo bien. Lo malo vino cuando, al volver a la habitación, Epi posó sus ojos en mis zapatos y salió corriendo a por ellos.

—¡Qué bonitos, mami! —exclamó con los ojos de par en par.

—¡Che, quieto ahí que te conozco! ¡Ni se te ocurra acercarte!

Demasiado tarde. Con los dedos todavía manchados por el donut de chocolate que se acababa de zampar, hacía ya malabares con ellos en el aire. No contento, le dio un beso a uno de ellos en la puntera, diciendo que qué bonitos eran. Casi me da un telele al ver las manchas marrones cuando pude quitárselos de las manos.

Más que de chocolate, aquellos manchones parecían... bueno, mejor me callo. Si no llega a ser porque minutos más tarde vino a visitarme Celia con otro problemita de última hora, todavía estoy allí restregándolos a conciencia con las toallitas húmedas. Con todo y con eso, no logré dejarlos bien del todo.

—Gala, sé que me vas a matar, hija...

—Según me lo estás diciendo, seguro que sí. ¿Qué pasa ahora?

—Verás...

—Por Dios y por todos los santos del cielo, dispara ya, que bastante nerviosa me ha puesto el niño con los zapatos.

—Pues resulta que no encuentro ni por cielo ni por tierra tu tocado...

—¿Qué, qué, qué, qué, qué?

—Perdóname, no entiendo lo que ha pasado. Estaba segura de que lo guardé, pero no lo encuentro por ningún lado. Ya he mandado también a Kike a echar un vistazo por el maletero del coche. Y nada, que no aparece.

—Madre mía, esto es lo que me faltaba.

—Tranquila, mujer, que algo se nos ocurrirá...

Vaya si se nos ocurrió. Estábamos en el Rocío, iba a ser una boda en plan flamenco... pues allá que nos fuimos a buscar unos claveles blancos de varios tamaños, que ya la peluquera sabría también cómo colocármelos para sacarles el mayor partido.

Y tanto que supo hacerlo. Así fue como a las seis menos cinco de aquella tarde que ya había empezado a arrugarse, salía yo por las puertas del caserón, con las flores puestas con arte en el pelo y el corazón a punto de estallarme en el pecho por la emoción.

Es difícil describir lo que iba sintiendo en el corto trayecto que nos separaba de la ermita a mí y a mi padre, también con un clavel blanco en el ojal de la chaqueta para hacerme juego. El cochero jaleaba con gracia a los caballos para que se apurasen, y es que el sol se había ocultado hacía rato y unos nubarrones negros amenazaban con descargar sobre nuestras cabezas, pero yo no estaba dispuesta a que aquella circunstancia me amargase la fiesta.

Al contrario, era mi gran día y pretendía disfrutar a tope de cada minuto restante como si fuese el último. La salve rociera empezó a sonar en el interior del templo en el momento en que puse los pies en el suelo. Al fondo, a los pies de la escalinata del altar, mi Sergio me esperaba para culminar nuestro sueño dorado.

Su madre, vestida con un espectacular traje de encaje en azul añil, lucía radiante con peineta y

mantilla a conjunto incluidas. Salvo un ligero traspiés que di a cuenta de los nervios por el pasillito central a pocos metros ya del retablo, la ceremonia transcurrió sin ningún contratiempo, cosa rara con mis pequeños diablillos portando los anillos.

Bueno, eso por no dar importancia al hecho de que, justo en el instante en que Sergio estaba colocándome la alianza y haciéndome la promesa de eterna fidelidad en todas las circunstancias con la mirada fija en la mía, mi querido Blas empezó a cantar a todo pulmón *“el patio de mi casa es particular...”*

Lo de que cuando llueve se moja como los demás, solo quedó precisamente en eso, en la imaginación de los demás, todos los allí presentes, porque mi cuñada Sara, que lo tenía al lado, estuvo rápida ahí y le tapó la boca y le dio coba prestándole el móvil para que se entretuviera.

¿Simple coincidencia en voz de un niño inocente o un toque de advertencia? No sé, pero la “gracia” del asunto es que para cuando la ceremonia terminó y quisimos salir de allí después de hacernos los cientos de fotos de turno, llovía ya a cántaros y los truenos retumbaban entre las paredes del templo.

Y sí, sí que teníamos un coro rociero en la entrada, que ya había empezado su repertorio con el repiqueteo de tambores al compás de románticas sevillanas. Allí mismo nos las dieron todas; los gritos de ¡vivan los novios!, la lluvia de pétalos de rosas, las castañuelas y las flautas.

Hasta los niños tocaron las palmas, llegando incluso algunos a arrancarse a bailar.

La magia flotaba en el ambiente. Por suerte, la tormenta pasó rápido y pudimos ir despejando la ermita. Ahora bien, aquel rinconcito junto a las marismas se había convertido en un verdadero barrizal, cosa que mis peques aprovecharon para ponerse como dos cristos, saltando como ranas por los charcos y hasta untándose barro el uno al otro por la cara como los indios.

Pero a esas alturas ya me daba igual. No podía sentirme más dichosa de la mano de Sergio, que no me soltaba ni a la de tres. Andrea se acercó a darme un beso y me dijo que estaba guapísima, que me quería mucho y que me deseaba que fuese muy feliz.

Sí, Andrea, tal cual, porque ella también había venido a mi boda. Hacía ya meses que se decidió a dar el gran paso y dejar a Epifanio con dos palmos de narices. Jamás lo hubiera pensado, pero un buen día ocurrió. Y para ella empezó una nueva vida.

Yo también la quería a rabiar a ella. Era curioso, una boda, un novio... y dos suegras, pero para mí eran ambas como otras dos madres. Por no decir que la mía estaba deslumbrante, ya eran tres... El bus que habíamos contratado para que nos llevase hasta Matalascañas, lugar que habíamos elegido para ofrecer un cóctel antes del gran festejo nupcial, no tardó en aparecer.

Ni nosotros en montarnos en él por si las moscas, no fuese que nos sorprendiera otra tromba de agua entre aquellos muros que habían sido testigos mudos del enlace. Con tanta algarabía, el camino hacia la localidad vecina me recordó a las excursiones que hacíamos en el colegio y el instituto.

Todo porque no faltaron tampoco los clavelitos de mi corazón de la tuna saliendo de las gargantas de unos cuantos amigos que parecían contagiados totalmente por nuestro entusiasmo. Y es que, más que hacia un restaurante en un enclave precioso y engalanado para celebrar nuestra unión junto al grupo de seres queridos, Sergio y yo parecíamos ir rumbo al paraíso, estrenando al fin nuestros anillos...

## Epílogo

2 años después...

Sabía que la existencia me cambiaría en gran medida junto a él, pero no podía imaginar hasta qué punto. Han pasado dos años desde aquel maravilloso diez de mayo en que Sergio y yo decidimos unir nuestras vidas para siempre.

Bueno, lo de para siempre es nuestro deseo, y es que la vida luego te va guiando por donde se le antoja. Se me viene a la mente el recuerdo de una anécdota junto a César. Acabábamos de casarnos y estábamos pasando nuestra luna de miel en Copacabana, disfrutando de sus impresionantes playas.

Con un trozo de corteza de palmera dibujé un corazón enorme en la arena y puse dentro la inscripción “César & Gala, FOREVER”. “Ojalá”, me dijo él. Le dije que nada de “ojalá”, que así sería, convencida de que nada ni nadie en este mundo podría separarnos. Pusimos cada uno una mano dentro y le hicimos unas cuantas fotos.

Pero no, no fue así. El destino nos tenía preparada una historia bien distinta y, desde entonces, mi mentalidad cambió radicalmente. Yo era antes una de esas personas que todo se lo toman todo muy a pecho, que se ahogan en un vaso de agua, que están siempre preocupadas por el futuro, pero el día en que César murió prácticamente de repente entendí que el futuro no existe.

Lo único que tenemos es el aquí y el ahora, eso es lo único que cuenta y que debe importarnos. Y la verdad es que lo que tengo ahora es muy valioso para mí y los míos. A propósito de los de los míos; ya no somos cuatro en la familia, sino seis.

Pero no, no quiero echar la vista atrás con recuerdos dolorosos como el que acabo de exponer, pues, aunque César es el padre de mis niños y siempre estará en mi corazón, no quiero que nada empañe mi felicidad actual.

No obstante, haciendo memoria, ahora entiendo esa “rareza interior” que sentía en aquellos días previos y posteriores a la boda con Sergio, esa falta de apetito sobre todo por las mañanas. De aquellas, todo se lo achacaba a los nervios.

Lo que no tenía tanto sentido es que incluso después del acontecimiento siguiera con ese malestar en el estómago que llegó hasta a agriarme buena parte del viaje de novios en Italia.

Lo de la vomitona en una góndola en Venecia fue el colmo; un espectáculo que dejó atónito al remero y al resto de turistas que paseaban tranquilamente, al igual que nosotros, por las aguas de los famosos canales venecianos.

Poco podía imaginarme por aquel entonces que ya venían en camino Clara y Marta, mis pequeñas gemelas de casi año y medio que son como una bendición caída del cielo. Y cuando digo que son una bendición, lo digo en toda la extensión de la palabra.

Me explico, lo primero, porque después del parto de Epi y Blas tuve una serie de problemas ginecológicos que apuntaban a que me sería difícil concebir nuevamente un hijo, aunque con el fallecimiento de César no tuve tiempo de comprobarlo.

Segundo, porque Sergio y yo queríamos ampliar la familia a corto plazo. De hecho, él siempre decía que quería tener al menos un par de criaturas conmigo. Bueno, pues no se trata ya tan solo de que el plazo fue bien corto, sino que vinieron las dos de una sola tacada.

Hay muchas personas que piensan que criar a dos niños gemelos o mellizos a la par se hace muy cuesta arriba por aquello del trabajo que dan. Yo no lo veo así. En mi opinión, es la situación ideal, pues pasas el “trago” de una sola vez.

Aparte, no sé si será porque estas criaturas conviven ya ahí juntitas desde el primer minuto en el vientre materno o por qué razón, pero lo cierto es que nacen con un vínculo muy especial entre ellas.

Puedo dar fe de esto por doble partida. Cierto es también que generalmente tienen caracteres distintos, por no decir totalmente opuestos, pero eso no influye para que, como decía, se lleven de maravilla. Ellos se entienden divinamente.

Por otro lado, mis nenitas son dos seres adorables, súper tranquilas ambas. Es más, desde que asomaron sus cabecitas a este mundo, duermen del tirón toda la noche, algo bastante atípico en los recién nacidos. Son buenas, risueñas, preciosas...vaya, ¿qué voy a decir yo que soy su madre?

En cuanto a mis pequeños bichillos, siguen más o menos en su línea, aunque ahora, a sus seis años largos, parece que se van centrando un poquitín. Una mañana como otra cualquiera de finales del curso pasado apareció por el colegio una fotógrafa para hacer a cada niño la foto para la orla.

Sí, tal como suena. Antiguamente, esto era lo que procedía con el alumnado universitario que se licenciaba, pero las nuevas generaciones tienen ya orlas desde la guardería, que más que orlas, parecen documentos gráficos del reparto de Barrio Sésamo y otras series infantiles por el estilo. Más en su caso, que para eso son Epi y Blas.

El caso es que aquella mujer se las ingenió para contactar conmigo. Se había enamorado de las caritas de mis gemelillos. Una mañana me llamó para preguntarme si era consciente del dinero que podría sacar a costa de que posasen para grandes marcas de modas y complementos infantiles.

Le dije que ni me lo había planteado. Me insistió en que probase, que al menos me lo pensase, que con aquellos espectaculares ojos verdes y melenillas rubias cualquier empresario de postín estaría dispuesto a ofrecerme buenos negocios.

Por mi parte, no había nada que pensar. Vaya por delante que no quiero que nadie se ofenda con lo que voy a decir, pero lo de ganar dinero a cuenta de unas criaturas tan pequeñas no va conmigo. Por la parte que me toca, no me sentiría bien conmigo misma.

Asunto zanjado lo de las fotos, en cambio, ellos apuntan maneras en otra dirección, y eso es algo que sí que hemos decidido Sergio y yo “explotar”. Ya me había dado cuenta de que, entre los cientos y cientos de juguetes que han ido acumulando a lo largo de estos años con los cumpleaños y Reyes, a los que más caso hacían era a los teclados.

Se trata de un par de pequeños pianos, de esos con luces de todos los colores y melodías predeterminadas. Los tienen hechos polvo, eso sí. Suficiente con decir que un día, aprovechando que me duchaba, sacaron la caja de témperas y se liaron con las teclas una a una hasta dejar las escalas como banderas del orgullo gay.

Pero la verdad es que también se entretenían muchísimo con ellos musicalmente hablando. Una tarde, Blas me vino con un cuadernillo de partituras y me preguntó que qué significaban aquellos circulitos negros con palitos como Chupa Chups. Me dijo que él había visto a un pianista en la tele tocando con el cuaderno por delante como si estuviera leyéndolo.

Traté de explicarle la asociación entre las notas del pentagrama y las teclas para que comprendiera su utilidad, pero he de decir que el solfeo no es para nada lo mío. Hablé con la profesora y me dijo que ella también se había percatado de la afición de mis gemelos a la música.

Según ella, cualquier cosa les valía para producir sonidos. Los lápices de colores les servían de palos de tambor contra mesas, sillas y demás. Hasta con las piedras, haciéndolas chocar unas con otras, montaban improvisadas orquestas en el patio a la hora del recreo.

Me recomendó apuntarles en una academia por las tardes y eso hicimos. Hay que potenciar las facultades de los críos, y en el caso de los míos están encantados con sus clases de piano. Dicen también que la música amansa a las fieras, y debe ser así, porque se pasan horas y horas tan a gusto entre el Do, el Re, el Mi y tal y tal como si no hubiera niños en casa.

¿Quién sabe? Lo mismo tengo por delante a dos dignos sucesores de Richard Clayderman. Como siempre, el tiempo dirá. Y si en el futuro ellos deciden por su cuenta probar en el mundillo del modelaje al igual que hicimos en su día Sergio y yo, allá penas.

No me voy a oponer. Ni a eso ni a nada. Les apoyaré siempre en lo que decidan, pero desde luego, hoy por hoy, aquello de ponerles a posar está descartado. Además, por fortuna, ese dinero extra y rápido que me comentaba la fotografía del cole tampoco es algo que me haga falta.

Tendré otras faltas quizás, pero nunca he tenido un agujero en la mano. Quiero decir que siempre he sabido administrar bien el dinero, de manera que el que me perteneció tras el fallecimiento de mi primer marido lo tenía ahí reservado hasta tener clara cuál era la mejor forma de invertirlo.

Tras la boda, no hubo mucho más que pensar, y menos aún al descubrir que estaba embarazada de las gemelas. La casa en que vivíamos no es que fuese pequeña que digamos, pero ya con otros dos personajillos en camino la cosa empezaba a cambiar.

Casi al mismo tiempo, a Sergio, que siempre había estado muy bien mirado en su empresa por su formalidad y sus esfuerzos constantes, le ascendieron. El puesto que le asignaron requería bastante más responsabilidad, pero claro, eso también suponía un aumento de sueldo muy pero que muy suculento.

Entre unas cosas y otras, dijimos aquello de “ahora o nunca” y nos pusimos con todo el



entusiasmo posible a buscar nueva vivienda por los barrios más selectos de Madrid. No nos costó mucho dar con la casa de nuestros sueños, aunque eso supusiera desplazarnos a cierta distancia.

Terminamos comprando una casa rústica en Villalba, un tranquilo pueblecito de la sierra a menos de cuarenta kilómetros por la carretera de A Coruña. No podemos estar más contentos con la compra que hicimos. Nosotros y nuestra pequeña tropa.

La casa en sí tiene casi trescientos metros cuadrados y una parcela alrededor de dos mil. Dos mil metros de jardín en el que no falta ni un detalle, pues tiene una piscina gigantesca, barbacoa de obra, mesas con bancos de piedra, un enorme vivero, una bodega de película...

En fin, todo un lujo que nos encanta compartir con los nuestros, pues no son pocas las veces en que se nos instalan aquí los familiares y amigos. Los niños se lo pasan bomba cuando vienen invitados con otros chiquillos de su edad, como es normal.

La última gorda que armamos fue hace unos meses, con la celebración de una fiesta infantil para despedir el verano. Y en lo de “gorda” se engloba todo. Llegamos a reunirnos dieciocho adultos y ocho niños, con lo cual habíamos contratado los servicios de un catering para el almuerzo.

Tampoco faltaron en los exteriores el consabido castillo hinchable y los globos por todas partes. Era un día espléndido de finales de verano, así que los flotadores de todos los tamaños y colores corrían de lado a lado de la piscina.

Los críos disfrutaban a lo grande dando saltos desde el trampolín al agua y más que nada tirándose por los toboganes del castillo, pero ya se sabe, ¿no? En una de esas, el azar quiso que se cruzara por delante Noemí, la pequeña de Celia y Kike, que tiene once meses y está empezando a dar sus primeros pasos como un patito mareado. ¡Al final tanto decir que no y cayeron como el que más!

Mi hijo Epi descendía a toda velocidad por la cuesta con los pies por delante, los mismos que fueron a dar en el culete de aquella con tal fuerza que la criaturita, del empujón, cayó de frente y con tan mala suerte que lo hizo sobre una piedra.

Miedo me da todavía el recordar el chichón que tenía ya la pobrecilla minutos más tarde. Y

para qué contar el apuro que pasé. La pobre lloraba si tenía que llorar, la madre, aunque disgustada, no paraba de decirme que me estuviese tranquila, que había sido un accidente.

Así era, por lo que no pude ni regañar a mi hijo, pero el asunto nos aguó un tanto la fiesta, quieras o no. No me había recuperado todavía del percance cuando nos sobresaltaron los gritos y los llantos que provenían de una zona del jardín fuera de mi vista.

Me levanté del butacón de mimbre como las liebres y al acercarme me encontré con otro pastel; Blas se había enzarzado con los tirabuzones pelirrojos de Marcos, el hijo de otros amigos allí presentes y antiguos vecinos de Madrid.

Todo venía por una dichosa pistolita de agua. Que si “es mía”, que si “sí, pero las cosas se comparten...” Me costó separarles, la verdad. El mío tenía agarrado con los puños varios mechones de pelo del otro y le tiraba hacia los lados como un demonio como si se los quisiera arrancar.

También es verdad que tenía una mejilla a panes del cachetazo que le había sacudido Marquitos. En fin, las pamplinas de siempre de los niños, que en este caso les supuso estar castigados durante una hora, allí sentados juntos a los mayores más tiesos que velas y sin decir ni pío.

Los niños son niños, pero los mayores también se las traen a veces... Héctor, mi excuñado, también ha hecho alguna de las suyas durante este tiempo en que nunca más le he vuelto a ver, pero en el que sí que me han llegado noticias de su persona, y es que tarde o temprano todo se sabe.

Por lo visto, volviendo a casa hace poco una noche que había salido de marcha por el barrio de La Latina, se saltó un semáforo en rojo y le dio un buen topetazo a un motorista. El muy canalla trató de escabullirse dejando al hombre malherido en la acera, pero el tiro le salió por la culata.

Al parecer, aunque el conductor que iba detrás hizo ademán de bajarse del coche para tratar de auxiliarle, al ver que varios viandantes corrieron hacia la víctima con el mismo fin, cambió de idea y se dedicó a perseguir al otro hasta lograr acorralarle en un callejón.

Tuvo su mérito aquel, que además de enfrentarse a él y propinarle un puñetazo, llamó inmediatamente a la Policía. De resultas, le hicieron el test de alcoholemia y comprobaron que triplicaba la tasa permitida, así que le quitaron los puntos correspondientes del carnet de conducir,

aunque la cosa no quedó ahí, lógicamente.

El motorista llegó en ambulancia al hospital en estado de coma y a día de hoy no ha recobrado la consciencia, de manera que Héctor está pendiente de juicio y vaya usted a saber cómo terminará el asunto, porque se le junta todo; omisión de socorro, delito contra la seguridad vial con lesiones imprudentes...

Todo ello contando con que aquel pobre hombre sobreviva, porque lo del homicidio imprudente son ya palabras mayores. Con un poco de suerte no irá a la cárcel según la legislación vigente. Además, hasta donde sé, no tiene temas anteriores pendientes con la justicia.

De todos modos, no le vendría mal una temporadita a la sombra, se lo tiene merecido y le serviría de escarmiento. Hay que ser mala persona para actuar así. Lo siento por Andrea, su madre, que va de disgusto en disgusto con ese malnacido.

Ella sí que se tiene el cielo ganado. Viene con frecuencia por casa para ver a los niños y me echa una buena mano con los cuatro. Es más, siempre he contado con ella para todos los eventos familiares, es decir, los santos, cumpleaños, la boda, el bautizo de Clara y Marta...

Epifanio, de quien sigue separada, está muy enfermo. Tarde le diagnosticaron el cáncer de páncreas, uno de los más agresivos, y digo tarde porque, cuando las pruebas arrojaron aquel resultado, la metástasis ya se había apoderado de otros órganos vitales. Está desahuciado por la medicina.

Le operaron y le dieron los tratamientos posteriores de rigor, pero estos lo único que han conseguido es debilitarle al máximo. No es muy mayor con sus sesenta años, pero ya se sabe que la vida es una lotería y al que le toca le tocó.

Aunque mi relación con él nunca fue buena, no puedo decir que me alegre ni nada que se le parezca. No le deseo el mal a nadie y mucho menos a él, que es el abuelo de mis niños. Sin su existencia, esas dos joyitas mías tampoco ellos estarían en este mundo.

En cuanto a mí, la llegada de las niñas me hizo replantearme la existencia. Una cosa es llevar para adelante dos hijos y otra muy distinta cuatro. Hasta entonces, me había ido bandeando con mi negocio y la ayuda de Celia, las canguros que contraté para Epi y Blas en sus primeros meses de vida antes de llevarles a la guardería, el colegio y tal.

Luego, estando embarazada ya de seis meses y sintiéndome bastante cansada con el tripón, vi que aquello iba a ser una verdadera locura. Ni medio turno ni un cuarto. Como ya dije, a Sergio le hicieron al poco de casarnos una buena subida de sueldo, así que dijimos que lo comido por lo servido.

Además, la corsetería estaba funcionando cada vez mejor. Le había costado un poco arrancar, al igual que le ocurre a la mayoría de los negocios al principio, pero poco a poco nos fuimos ganando la confianza de la clientela y las ventas fueron subiendo como la espuma.

Por tanto, hablé con Celia para buscar a una chica que me supliera. Pusimos un anuncio en Internet y las candidatas nos llovieron. Entrevistamos a algunas de las primeras en enviarnos el currículum y terminamos contratando a Marina, un buen fichaje, nada de tonterías.

La muy zalamera es capaz de vender estufas en el polo norte. A partir de ahí dimos ya el pelotazo total, hasta tal punto que el local se está quedando pequeño para tanto género. Haría falta buscar uno más grande, pero no quiero deshacerme de él de ninguna manera, pues fue un regalo que me hizo en su día César con toda la ilusión del mundo y para mí tiene un valor moral incalculable.

Lo que sí estamos pensando es en ampliar el negocio de otra forma, o sea, abriendo otra “sucursal”, quizás aquí en Villalba. Incluso ya le tenemos echado el ojo a un localito en el centro, pero ya se verá.

Desde el “aquí y ahora” al que estoy aferrada desde hace tiempo solo puedo asegurar que soy el ser más dichoso del planeta y que doy gracias a la vida por todo lo que tengo en estos momentos. Qué verdadero también eso de que después de la tempestad siempre llega la calma...

